

# La Ilustración Artística

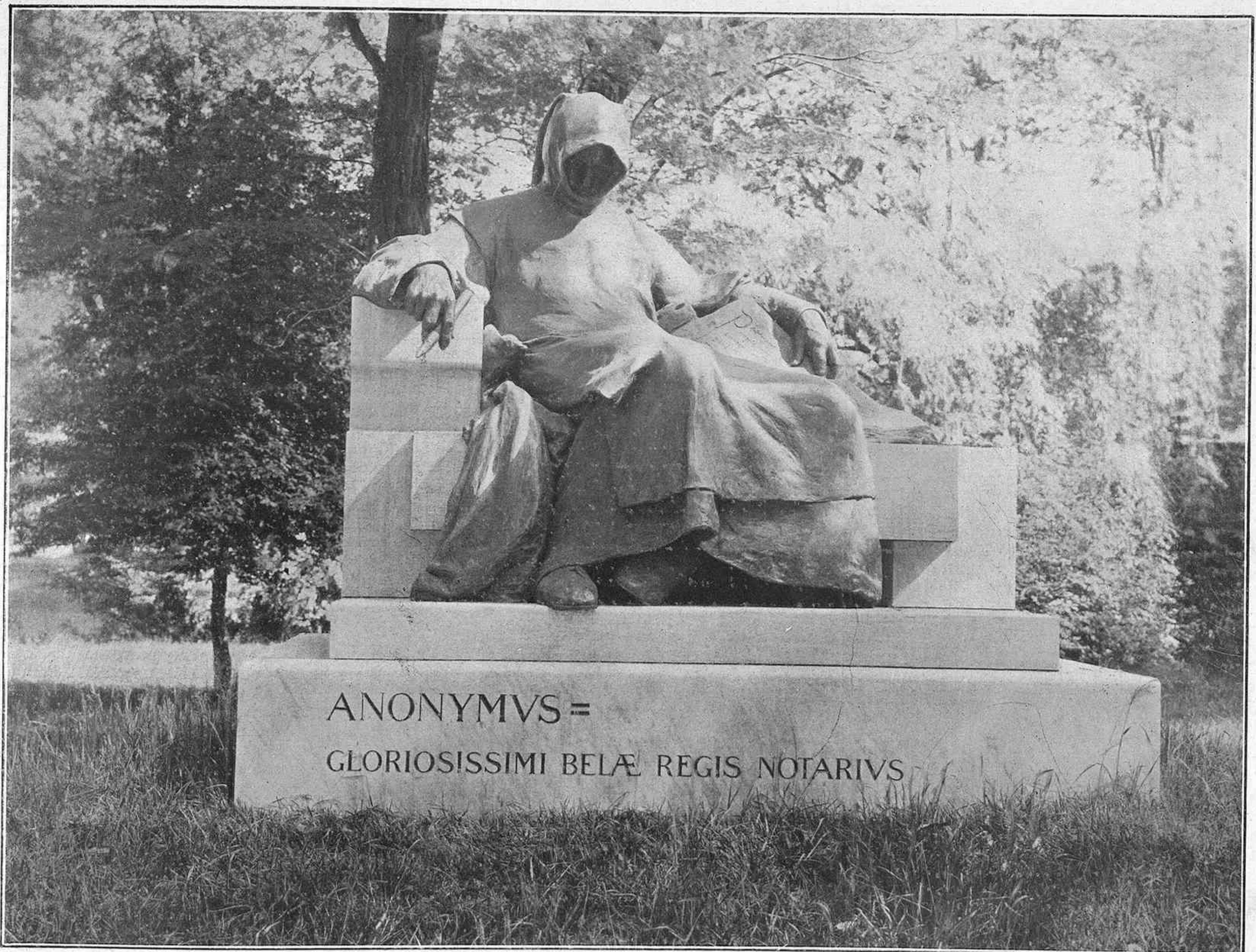
Año XXVIII

BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1909

Núm. 1.435

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## UN MONUMENTO NOTABLE EN BUDAPEST



MONUMENTO Á ANONYMUS, obra del escultor húngaro Nicolás Ligeti

(De fotografía de Erdelyi, de Budapest, comunicada por Carlos Trampus.)

Al pie de este monumento se lee la inscripción «*Anonymus, Gloriosissimi Belæ Regis Notarius.*» Efectivamente, *Anonymus* es el nombre que se da al cronista del rey de Hungría Bela III, que reinó desde 1173 á 1196; según las más recientes investigaciones, este ilustre anónimo fué Adriano, preboste de la ciudad de Buda y más tarde obispo de la provincia húngara de Transilvania, fallecido en 1202. Adriano es autor también de una historia de Hun-

gría, *Gesta Hungarorum*, única fuente de la historia del reinado de Bela III. El monumento es por sí mismo notable, porque no es cosa fácil hacer la estatua de un desconocido; merece, pues, ser admirada la obra del escultor, el célebre artista Nicolás Ligeti, autor de muchos y muy hermosos monumentos, por haber sabido simbolizar tan acertadamente al anónimo cronista.

## SUMARIO

**Texto.**—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La celosa de sí misma*, por el Bachiller Corchuello. — *Actualidades deportivas*. París. *Fiesta del Aero-Club femenino «Stella»*. *Fiesta de las flores*. — *La Granja*. *La procesión de la infraoctava del Corpus*. — Madrid. *Dos bodas aristocráticas*. — *Espectáculos*. — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Entrevista del tsar Nicolás II y del emperador Guillermo II*. — Emilio Mitre. — Madrid. *Homenaje a la memoria de Chueca*. — Reus. *Exposición de Arte en el «Centro de Lectura»*. — Amberes. *Fiestas por la anexión del Congo á Bélgica*.

**Grabados.**— *Monumento á Anonymus*, obra de Nicolás Ligeti. — Dibujo de A. de Riquer que ilustra el artículo *La celosa de sí misma*. — *Arquilla regalada á D. Antonio Maurra por el Círculo Artístico de Barcelona*. — *El ordenanza*, dibujo de José Cusachs. — *La copa de las «voiturettes» de Boulogne-sur-Mer*. — *Giupone*, vencedor de la carrera. — París. *La carrera del Gran Premio de Auteuil*. — *Carrera automovilista de la Copa del príncipe Enrique de Prusia*. — *Fiesta inaugural del Aero-Club «Stella»*. — *Las señoras que tripulaban el globo «Les Bluets»*. — *La fiesta de las flores*. *Automóvil que obtuvo el primer premio*. — *Lección de catecismo*. — *Su eminencia*, cuadros de José Benlliure. — *La Granja*. *La procesión de la infraoctava*. — Madrid. *Boda de las Srtas. López de Carrizosa con D. Miguel Maura y Gamazo*. — *Boa de la señora de Figueroa con el duque de Pastrana*. — *Entrevista de Guillermo II y Nicolás II*. — Emilio Mitre. — Madrid. *Monumento á la memoria de Federico Chueca*. — Reus. *Exposición de Arte en el «Centro de Lectura»*. — Amberes. *Fiestas por la anexión del Congo á Bélgica*.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

La acción é influencia de los yanquis en la República Dominicana, en Puerto Rico, en Cuba y en Nicaragua. — Venezuela: política y aspiraciones del general Gómez. — Las cuestiones de límites en Colombia, Ecuador y Perú: intentos revolucionarios. — República Argentina: la huelga. — Uruguay: cuestiones de jurisdicción en aguas fronterizas y estado interior del país. — La política económica antiextranjera en el Congreso científico americano.

Los pueblos de las Antillas y los del centro del continente americano viven dentro del radio de acción de la influencia yanqui, que de día en día se va haciendo sentir con mayor empuje y con tendencias más avasalladoras.

Así lo reconoce y declara, por lo que á su país se refiere, el ministro de Relaciones exteriores de la República dominicana en el informe ó memoria en que da cuenta del estado actual de la política internacional. No se duele de esa influencia; antes al contrario, colma de elogios á los norteamericanos, porque, según dice, á la buena amistad con el gobierno de los Estados Unidos debe la República dominicana muchos beneficios, no siendo el menor de ellos el desembarazo con que ésta «marcha ahora á la conquista del más risueño porvenir.» Quiere el ministro americano cordialidad y decoro en las relaciones con la gran nación amiga, exactitud en el cumplimiento de las obligaciones contraídas por la Convención de 8 de febrero de 1907 y afianzamiento de la paz por el régimen jurídico.

Por desgracia para Santo Domingo, hechos y palabras no van de acuerdo. Las consecuencias del convenio citado, que autorizó la intervención de las aduanas por los yanquis, y sobre todo la forma en que se cumple, son motivo de protestas, dirigidas especialmente contra el ministro de Hacienda, que se negó á informar al Senado acerca del importe de los fondos depositados en Nueva York para ir pagando á los acreedores de la República. Se le hace responsable de la crisis económica que sufre el país, y pocos días después de haber escrito su colega las frases optimistas antes consignadas, á mediados de mayo, surgieron motines y pronunciamientos, y varios generales rebeldes, con el apoyo más ó menos directo del gobierno haitiano, lograron imponerse en algunas villas y provincias. No es, ciertamente, por este camino por donde puede irse á la conquista del más risueño porvenir.

Tampoco sonríe el porvenir á los borinqueños. Menos afortunados que los dominicanos, no pueden hablar de influencia yanqui, porque los gobernantes de la gran nación del Norte hacen más que influir en Puerto Rico; dominan, explotan y maltratan. Taft hace bueno á Roosevelt. Los portorriqueños siguen creyendo que disfrutaban de más libertad y tenían más independencia durante los últimos tiempos de la soberanía española; pero el nuevo presidente de los yanquis opina de modo distinto, y en mensaje dirigido al Congreso afirma que á esos isleños se les ha dado mucho más de lo que merecen; que los que se quejan son unos cuantos ambiciosos que aspiran á intervenir en el gobierno de la isla, y que nunca gozó Puerto Rico de mayor libertad y riqueza que hoy.

Puede suponerse el efecto que tales manifestaciones habrán producido en los habitantes de Puerto Rico. El mensaje del presidente, dice Muñoz Rivera, jefe del partido unionista, «es un insulto lanzado contra un pueblo débil que no puede replicar.»

Los rumores que hubo de nueva revolución en Cuba, originados por la rebeldía de un capitán y un sargento al frente de unos cuantos hombres, fueron, sin duda, causa ocasional de la proposición que presentó un diputado en la Cámara de representantes de los Estados Unidos para «anexionar á Cuba, si los cubanos lo desean.» No puede negarse que hay en aquel país un fuerte partido que aspira á que la Gran Antilla sea tierra dominada en absoluto por los yanquis. No les basta el predominio que ya de hecho ejercen en la isla; quieren incorporarla á la Unión y convertirla en potente centro de acción político y económico sobre todas las tierras del mar de las Antillas y sobre los pueblos del centro y Sur de América que tienen costas en el mar Caribe. En la misma isla de Cuba hay anexionistas; pero la masa del pueblo y el elemento oficial se opone y protesta contra la idea de entregarse á los Estados Unidos, y expresión de esta actitud son las palabras dirigidas al diputado autor de la proposición por el ministro de Cuba en Washington: «el pueblo cubano—dijo—no desea su anexión á ningún otro Estado, sea el que fuere; aspira á gozar de la independencia que ha conquistado á costa de medio siglo de lucha y quiere vivir en amistosas relaciones con los Estados Unidos; el sentimiento, el interés, la raza, la lengua, la concurrencia de productos naturales, se opondrán siempre á la anexión.»

En la América central perseveran los yanquis en su propósito de intervenir por todos los medios, incluso el de la fuerza, con pretexto de evitar conflictos entre aquellas Repúblicas. En aguas de Nicaragua hay un crucero norteamericano que vigila los movimientos de los barcos del país, y últimamente impidió que saliese una expedición filibustera contra El Salvador. El presidente Zelaya pone el grito en el cielo, y la prensa declara que la República no está dispuesta á tolerar la política agresiva de los yanquis y habla de convenios con el Japón para construir canal interoceánico por territorio de Nicaragua.

Mientras Castro vive aquí en España en inacción forzosa, su antiguo y buen amigo el general Gómez sigue gobernando en Venezuela, restablece la armonía con yanquis y franceses y procura traer á concordia á las varias fracciones en que se dividen los políticos de aquel país. En lo último encuentra grandes dificultades; los adversarios de Castro no olvidan las humillaciones que éste les hizo sufrir y se muestran poco transigentes.

Se propone también Gómez hacer revisar la ley constitutiva y modificar la situación de los extranjeros, con objeto de atraer inmigrantes y capitales. Por medio de circular dirigida á los cónsules venezolanos, se ha dado publicidad á las nuevas disposiciones que derogan las anteriores respecto á las formalidades que debían cumplirse para poder desembarcar en Venezuela. En adelante, la entrada de viajeros en el país—que no se permitía como no estuviesen provistos de un pasaporte y un certificado de buena conducta, visados ó expedidos por el cónsul venezolano del puerto de embarque—será completamente libre, y el pasaporte, aunque siempre útil, así como el certificado, dejan de ser obligatorios.

El desarrollo económico de Venezuela requiere brazos y dinero: Castro fué más allá de lo que convenía en su actitud frente á frente de las empresas mercantiles extranjeras, y emigrantes y capitales se retrajeron con daño de los intereses materiales de la República. Lo difícil es proteger y fomentar estos intereses sin que el extranjero se imponga y merme las facultades soberanas de la nación.

Ya se hallan restablecidas las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, á cuyo presidente entregó credenciales, á principios del pasado mayo, el ministro de Venezuela en Washington. Funciona de nuevo el cable de la Compañía francesa, á la que se alzó la multa ó indemnización que le impusieron los tribunales venezolanos. En cambio, la Compañía ha cedido al gobierno el cable del litoral que une los puertos desde Maracaibo á la isla Margarita.

En cuanto á satisfacciones por la expulsión del Encargado de Negocios de Francia, esta República nada pide; le basta la caída de Castro. Con ella se dan también por contentas las demás potencias, y no parece que tienen inconveniente en firmar convenios que, á la vez que garanticen los derechos de sus naturales en Venezuela, pongan á salvo la autoridad y la eficacia de los fallos que dicten los tribunales venezolanos sobre litigios en que sean parte los extranjeros. Como se ve, todos transigen, y justo es reconocer, por consiguiente, que algún resultado práctico da la enérgica política de Castro.

En Colombia, Ecuador y Perú continúa preocupando á gobiernos y pueblos la eterna cuestión de límites.

En 21 de abril último las dos primeras Repúblicas suscribieron tratado para decidir sobre los conflictos que en la región del Putumayo habían promovido los explotadores del caucho y para reanudar negociaciones sobre frontera después que el rey de España haya dictado el laudo arbitral que ha de establecer la línea fronteriza entre Ecuador y Perú. La Comisión técnica que recibió el encargo de examinar los títulos, derechos y alegaciones de las partes y presentar informe á S. M., terminó su trabajo hace un año: el informe pasó al Consejo de Estado, el cual lo ha discutido con el mayor detenimiento, y según se dice, está conforme con las conclusiones de la Comisión.

En las dos citadas Repúblicas, Ecuador y Perú, ha habido conatos de revolución. En la primera, pudo el gobierno impedir que prosperase una conjura que tendía á derrocarlo para implantar un virato de generales; en el Perú, los pierolistas dieron un golpe de mano, que también fracasó, para apoderarse de la persona del presidente y obligarle á dimitir.

El día 1.º del próximo pasado mayo, con motivo de la manifestación obrera en Buenos Aires, hubo sangriento choque entre los manifestantes y la policía. En los siguientes días, motines y huelga general. En la ciudad y en el puerto quedó paralizada la actividad comercial; los tranvías circulaban con escolta y fué preciso apelar á la tropa para la elaboración y suministro de los artículos de primera necesidad. El jefe de los obreros, un diputado socialista, imponía como condición para que cesara la huelga el castigo del jefe de la policía. El gobierno se negó resueltamente, perseveró en sus energías y varios gremios fueron acordando la vuelta al trabajo. Dícese que aquél tiene el propósito de expulsar del país á los extranjeros que tomaron parte en los actos de fuerza realizados para mantener la huelga.

De la República oriental del Uruguay nos vienen noticias satisfactorias. Lleva camino de arreglo amistoso y definitivo la cuestión con la República Argentina respecto á las aguas jurisdiccionales del Río de la Plata, y la controversia con el Brasil queda terminada por generoso y espontáneo acuerdo del gobierno brasileño, que admite el condominio del Uruguay en las aguas fronterizas del lago Mirim y del río Yaguaraó.

En la vida interior del país hay siempre cierta agitación producida por las aspiraciones del partido nacionalista á intervenir en la administración y gobierno, aspiraciones que se procura satisfacer dando entrada á los más significados en los cargos oficiales de los departamentos.

Desde el punto de vista económico, la situación va mejorando de día en día. Aumentan las rentas públicas y el comercio exterior, principalmente el de exportación, y se construyen y proyectan nuevos ferrocarriles y otras obras de interés general. Para impulsar más aún el desarrollo económico se van á gastar seis millones de pesos, ó acaso diez, según algunos proponen, producto de un empréstito ya acordado, y cuyo servicio y amortización se cubrirá con los rendimientos del impuesto sobre el alcohol.

Desde principio de año la prensa hispano-americana viene dedicando numerosos artículos al 4.º congreso científico americano que se reunió en Santiago de Chile en diciembre de 1908 y enero de 1909.

Entre las varias é importantes cuestiones que allí se trataron, hay una que demuestra cómo va ganando terreno en América la tendencia antiextranjera que con tantas energías inició y mantuvo el general Castro en Venezuela. En efecto, se hizo constar la conveniencia de establecer medidas por virtud de las cuales puedan nacionalizarse las industrias de cada país é impedir que los provechos de ellas se repartan en su mayor parte en el extranjero. Conseguir esto en absoluto, hoy por hoy es imposible: la mayor parte de los países hispano americanos necesitan del capital extranjero, y no hay más remedio que dar á éste la parte de beneficio que le corresponde.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LA CELOSA DE SÍ MISMA (CINTA VIDAOGRAFICA), POR EL BACHILLER CORCHUELO



Paseo de la Castellana en Madrid. Mañana del actual invierno

LUCRECIA (*bellísima y espiritual. Lo más interesante de ella son sus ojos negros, soñadores, de mirar de abismo. Viste con suma y artística elegancia, con arreglo á las últimas insinuaciones de la moda: sombrero de fieltro, pequeño, gris, con sus tres grandes airones del mismo color, pero de distintos tonos, y que describen gentil y graciosa parábola, con la copa circundada de ancha cinta de terciopelo negro; esbelto y ceñido traje «trotteur», y un manguito inmenso, descomunal, lo «grand chic», en París; en él lleva prendido un gran «bouquet» de violetas. Pasea un poco ligera, bajo un sol tibio de luz clorótica.*).—¡Qué hermosa mañana... (*con ligero rubor*) si no anduviera yo sola!.. Por supuesto, voy sola porque no me da la gana... ¡Uf! Acabo de pensar una paradoja... Paradoja que, como casi todas, es el principio de una verdad... Voy sola porque no me da la gana de aceptar galanteos insípidos y pegajosos...

EDUARDO (*joven, guapo mozo, correctamente vestido á la inglesa. A Lucrecia, en el momento de cruzarse con ella, muy galantemente*).—Es usted la alegría de la primavera en un día de invierno...

LUCRECIA (*después de una rápida y furtiva ojeada*).—(¡Dios mío! A este le conozco yo... Y no sé de dónde...)

EDUARDO.—(¡Caramba!.. ¿De dónde la conozco yo?... Porque yo la conozco...)

LUCRECIA.—(Ya caigo. Este es aquel... El del año pasado... El lagartón aquel...)

EDUARDO.—(¡Ya lo creo que la conozco!.. Esta es aquella... Sí. La que le hice el amor el año pasado... (*Se dispone á seguirla.*) Aquí mismo le hablé la primera vez... ¡Y qué hermosa está!.. Después de todo, tan hermosa era el año pasado y... ¡Qué burro fui! (*Observándola atentamente.*) ¿Y si me equivocara?... Porque yo no me acuerdo bien... Sólo recuerdo que era muy hermosa y que tenía los ojos grandes y negros... Pero esta parece más elegante... (*Sigue observándola y contrastando sus recuerdos.*)

LUCRECIA (*después de volverse muy disimuladamente con el pretexto de examinar una «toilette» vulgarísima que ha pasado por su lado*).—(¡Me sigue!)

EDUARDO (*comprendiendo la maniobra de Lucrecia*).—(Sí. Mira la toilette... y ve si yo la sigo...)

LUCRECIA (*colorada de un enojo muy raro, pues antes de volverse á mirar, deseó que él la siguiera*).—(¿Tendrá el cinismo de abordarme otra vez?... ¿Qué se habrá figurado? Pues lo que es hoy, no le admito á parlamento... Se va á divertir como se acerque...)

EDUARDO.—(No es la misma, no... En fin, la abordaré... y saldré de dudas.)

LUCRECIA (*apretando el paso y poniendo la cara larga*).—(¡Qué osado! Se va á acercarse...)

EDUARDO (*muy respetuosamente*).—¿Me perdona usted una brevísima interrupción? (*Lucrecia aligera su andar, sin mirarle ni responderle.*) Seré muy breve, palabra de caballero... Tengo que pedir á usted un favor... importantísimo, palabra...

LUCRECIA.—(¡Vaya si es el mismo! No hay más que oírle dar palabras... para saber que es el que no cumple ninguna...)

EDUARDO.—Si se me enfada usted, me voy... De todos modos, me voy si me contesta usted á una pregunta que me interesa mucho... Me voy en seguida... ¡Palabra!

LUCRECIA.—(¿Palabra? Pues hay para una hora.)

EDUARDO (*un poco guasón*).—¡Qué lástima! ¡Tan joven, con una boca tan divina... y muda! ¿La molesto? En ese caso, aunque sólo sea para mandarme á paseo, debe usted responderme... ¿Qué? ¿Me perdona usted que la interrumpa?... (*Pausa.*) Quien calla, otorga...

LUCRECIA (*rápida*).—Y el que habla...

EDUARDO (*más rápida*).—¿Miente?

LUCRECIA.—Al menos, se equivoca...

EDUARDO.—¿Qué voz tan hermosa!.. (Yo creo que es ella.) Perdóneme usted que insista. Deseo saber si soy víctima de una confusión, de una semejanza inverosímil entre usted y una joven—y cuando le hablo á usted creyendo que es ella, no necesito en carecer su hermosura.—Se parece usted muchísimo á una joven que conocí en este mismo paseo... Si no es usted la que yo creí, perdóneme. Yo espero que me perdone... Es usted joven, tiene usted cara de mujer amorosa é inteligente y estoy cierto de que comprenderá mi situación y que sabrá compadecerme en lugar de enojarse por mi atrevimiento... (No me ha salido mal el exordio.)

LUCRECIA.—(No hay modo de librarse de él.)

EDUARDO.—Perdone usted que le coloque la historia...

LUCRECIA.—(Sí, él, él es.)

EDUARDO.—Me acerqué á ella. Logré interesarla. Pero tenía un novio al cual no amaba y con el que la obligaba á sostener relaciones un tío suyo, su tutor... Le pedí otra entrevista, le pinté mi amor exaltado, creo que la convencí de que su felicidad era la mía. Ella, correctísima, me contestó: «Eduardo, yo no puedo volver á oírle á usted sin romper antes mis relaciones con el otro. Y como no quiero que sean simultáneas la ruptura y mis nuevos amores, deseo que no se acerque usted adonde yo me halle en un mes...» Quedamos, pues, conformes en que al cumplirse el plazo acudiría yo bajo de sus balcones... Me apunté en un papel las señas de su domicilio y la fecha en que expiraba el plazo, y me fuí dichoso, regocijado como el que...

LUCRECIA.—¿Es muy larga esa historia?

EDUARDO.—No. Brevísima. Si así lo fuera, la tristeza que me ocasionó...

LUCRECIA (*en burla bien disimulada*).—Falleció ella, ¿no es eso?

EDUARDO.—No. Pero yo perdí la apuntación, y como no pude por más que torturé mi der memoria cordar las señas ni lablaaecefcita, no volví á verla... Si usted supiera lo que yo sufrí... Todo ojos fuí, durante unos meses, por calles y paseos, mirando á todas las mujeres que pasaban...

LUCRECIA.—Para consolarse...

EDUARDO.—No. Para encontrarla. No lo conseguí... Y desde entonces, fué una preocupación, una manía, una obsesión, mi deseo de volver á hallarla... Hoy creo haber realizado mis ilusiones, mis adoradas ilusiones, las mejores de mi vida, al verla á usted... Si usted es *aquella*, la mujer que yo adoré, libreme usted del suplicio que estoy sufriendo... Dígame usted que me perdonó y que está propicia á escucharme como el invierno pasado... (Si es ella, la convenci.)

LUCRECIA (*fingiendo una severa impasibilidad, sigue andando sin mirarle, al mismo tiempo que piensa*).—(¿Cualquiera se fía otra vez!)

EDUARDO.—¿No me responde usted?... Piense usted que estoy sufriendo... Compadézcame usted. Un año persiguiendo un ideal...

LUCRECIA.—(Estoy segura de que ni recuerda mi nombre.)

EDUARDO.—¿Quiere usted que acabe mi tormento?

LUCRECIA.—Sí, señor. Puede usted retirarse... Yo no soy *aquella*...

EDUARDO.—(¡Vaya si es!.. (*Sin ver ni oír más que á ella.*) Si que es... Poco á poco me confirmo... Su cara, su voz...)

LUCRECIA.—¿Aún no ha salido usted de dudas?

EDUARDO.—Perdóneme usted, pero aún no... ¿Quiere usted decirme su nombre?... Sólo su nombre. Es lo único que recuerdo... Su apellido, que apunté, lo he olvidado... Su nombre...

LUCRECIA.—Yo no le conozco á usted...

EDUARDO.—Soy un caballero...

LUCRECIA.—Además, ¿no basta que yo diga que no soy *aquella*...?

EDUARDO.—Podría serlo y por castigo á mi informalidad, cuya causa desconocía usted, querer negarlo...

LUCRECIA.—(Lo dicho, éste no se acuerda ni de mi nombre.) ¿Pero usted no recuerda cómo se llamaba ella?..

EDUARDO.—Sí. Se llamaba Lucrecia...

LUCRECIA.—Pues yo me llamo Emilia...

EDUARDO (*estupefacto*).—¿Emilia?... ¿Pero usted no es Lucrecia?

LUCRECIA.—¿No he dicho que me llamo Emilia?

EDUARDO.—Sí, sí. Emilia... Tiene usted un bonito nombre... Como usted...

LUCRECIA.—(¡A que tampoco se va!)

EDUARDO.—(Verdaderamente estaba yo confundido... Esta es más hermosa y más elegante.)

LUCRECIA.—¿Está usted satisfecho?... ¿Va usted á dejarme?

EDUARDO.—¿Tan pronto?

LUCRECIA.—A mí me parece demasiado tarde...

EDUARDO.—Perdóneme usted que la haya engañado...

LUCRECIA.—¿Engañado?

EDUARDO.—(Puesto que no es ella, cambiaré de táctica.) Sí, la engañé para que usted me atendiera indulgente... La historia que yo le referí antes es invención mía, para interesarla...

LUCRECIA.—(¿Qué embustero!) ¿Invención?..

EDUARDO.—Hasta cierto punto... (¿Oh! Me escucha, luego se presta a dejarse convencer.)

LUCRECIA.—Explíquese usted... Me tiene intrigada... (¿Cómo saldrá del embuste?)

EDUARDO.—Es cierto que aquí conocí á esa Lucrecia, que se le asemeja un poco, aunque es muchísimo menos hermosa que usted, muchísimo menos.

LUCRECIA (*burlesca*).—¿Palabra?

EDUARDO.—Palabra de honor... y no se me burle.

LUCRECIA.—(¿Qué lioso! Ahora resulta que yo soy más hermosa que yo.)

EDUARDO.—También es verdad que quedé citado con ella y que no acudí á la cita...

LUCRECIA (*rápida é impaciente*).—¿Por qué?

EDUARDO.—La verdad. Si hubiese sido tan hermosa como usted, no habría yo faltado; pero como no lo era, confieso que se me olvidó...

LUCRECIA.—(Tunante! ¡Y yo que reñí con el otro por este!)

EDUARDO.—Pensé acudir días después; pero por pereza, y sobre todo porque mi impresión ya había pasado y Lucrecia ya no me interesaba, dejé sin realizar mi pensamiento...

LUCRECIA (*esforzándose en disimular la indignación que siente*).—Pues... Caballero, una vez que usted ha salido de dudas...

EDUARDO.—Si ya he dicho que no las tuve... Me acerqué á usted... por usted... Por la otra, no. Y esa ligerísima semejanza entre usted y ella me inspiró la invención como pretexto para hacerme oír con benevolencia...

LUCRECIA.—Y yo que he tenido demasiada, le respondo que no quiero oírle más... (*Muy severa.*) Haga usted el favor...

EDUARDO.—Pídame usted la vida, mi libertad ó lo que se le antoje á usted... Por satisfacer un capricho suyo, por agradecerla á usted, sería capaz de una heroicidad épica ó de una ridiculez grotesca... Mándeme usted, pero míreme, que mi alma pueda bañarse en la luz y en la alegría de sus ojos. De sus ojos tan divinos, que aun cuando la ira les haga despedir rayos con propósitos de abrasar un corazón, no hacen sino alumbrarlo con luces de colores y fortalecerlo con el calor de la esperanza...

LUCRECIA.—(Lo mismo que me dijo la otra vez.)

EDUARDO.—Yo la adoro...

LUCRECIA (*apretando el paso*).—Caballero, déjeme usted...

EDUARDO.—Créame usted...

LUCRECIA.—He dicho que me deje...

EDUARDO.—¡Ah, vamos! Usted es que cree que yo me acerqué á usted creyendo que era la otra... Si ya le he dicho que la otra no me interesa... ¡Se lo juro á usted!.. La otra no vale la pena ni de...

LUCRECIA.—(¿De qué buena gana lo tiraba debajo de un automóvil!)

EDUARDO.—Aquella Lucrecia era una cursilona

horrible... Vestía lujosamente, pero sin gusto, sin *sprit*... No tenía ingenio..

LUCRECIA.—(¿Oh, no puedo más!)

EDUARDO.—En cambio usted es divina... Es usted elegantísima, ingeniosa...

EDUARDO (*estupefacto, descando que la tierra se lo trague*).—(¿Es ella!.. ¿Y con qué cara le digo?..)

LUCRECIA.—(Se ha quedado inmóvil.)

EDUARDO (*balbuciente*).—Perdón..., perdóneme usted... (¿Adiós esperanza de reconquista! Y el caso

es que estoy loco por ella... Me gusta más que nunca...)

LUCRECIA.—(¿Que rabie! Ahora le escucho con gusto, ahora que estará sufriendo el ridículo, lo más horrible.)

EDUARDO.—(No sé qué preferir, si que me despida ó que se vaya... Y eso que la adoro... ¿Qué le digo?..)

LUCRECIA.—(No sabe cómo salir del paso. Voy á ensañarme.) Y... ¿qué decía usted de Lucrecia?..

EDUARDO.—¿Perdóneme! ¿Quiere usted que se lo pida de rodillas, aquí, en pleno paseo?.. (*Disponiéndose á arrodillarse.*)

LUCRECIA (*conteniéndole*).—¡Por Dios, no haga más el ridículo!

EDUARDO (*con amargura*).—Bastante lo he hecho, ¿verdad? Y ante quien más me duele...

LUCRECIA (*compadecida*).—Ahora sí que se retirará usted... Creo que no tenemos más que hablar...

EDUARDO (*resuelto*).—No. Perdóneme usted que insista, pero no me voy sin explicarle...

LUCRECIA.—No deseo explicación alguna.

EDUARDO.—Necesito yo darla... Eso sí, será breve... Lo que calificué antes de invención, cuando usted me dijo que se llamaba Emilia, es la pura verdad. La invención lo fué luego, al hablar mal de usted.

LUCRECIA.—Porque estoy delante...

EDUARDO.—Porque es cierto. Precisamente me acerqué á usted porque me recordaba á la mujer que yo amé... Cuando creí que usted era otra, seguí enamorado de usted por lo que se parecía á la otra á la cual no creí encontrar más...

LUCRECIA.—Total, que á usted no fuí yo, la de hoy, la que le gustó, sino la otra...

EDUARDO.—Pero...

LUCRECIA.—(Está enamorado de veras. No hay más que verle la cara. Esa congoja no se puede fingir.)

EDUARDO.—¿Esa otra no es usted?

LUCRECIA.—(Voy á ensañarme.) Sí, pero yo siempre tendré celos de esa otra...

EDUARDO.—Pero si es usted...

LUCRECIA.—¿Cuál, Lucrecia ó Emilia?..

EDUARDO.—Lucrecia...

LUCRECIA.—Pues tendré celos de Emilia...

EDUARDO.—¿Por qué? No comprendo...

LUCRECIA.—Porque si hubiera existido esa Emilia y hubiese pasado por aquí, usted se habría ido con ella.

EDUARDO.—Pero si no existe.

LUCRECIA.—Es lo mismo. No me amaba usted mucho cuando, al creer que yo no era Lucrecia, no me dejó usted...

EDUARDO.—Lucrecia, olvide usted esas filosofías y acuérdesese usted del amor...

LUCRECIA.—Cuando el amor sepa desterrar de mi alma la filosofía...

EDUARDO.—Pues déjeme usted acompañarla... y quererla... Y si antes de ganar su cariño tiene usted celos de Emilia, la llamaré Emilia, y si de Lucrecia, Lucrecia, hasta llegar un día en que mis labios pronuncien con amor tan convincente los dos nombres, que sólo signifiquen una misma y adorable palabra: *Mia*... Y ante todo permítame acompañarla, para que no pierda las señas... (Dibujo de A. de Riquer.)

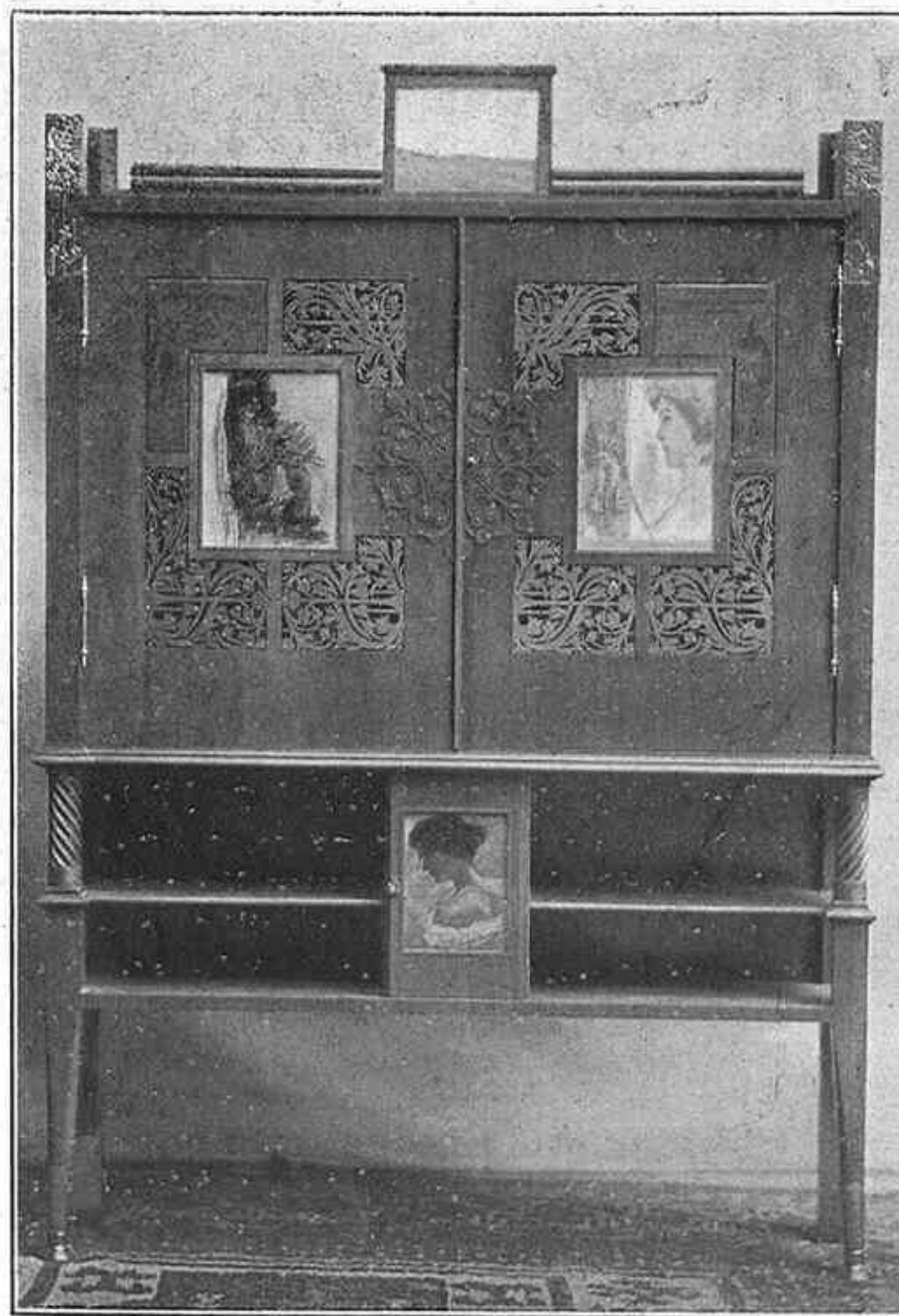


Arquilla regalada al presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura por el Círculo Artístico de Barcelona, en conmemoración de la visita que aquél le hizo el día 3 de noviembre de 1908. Es de madera de Majagua con aplicaciones de bronce dorado hechas al buril y repujadas, y ha sido proyectada por el notable artista Sr. Riquer. Avaloran el mueble bellísimos cuadros que firman pintores tan reputados como Amigó, Borrás Abella, Capdevila, Cardunets, Cidón, Colom, Cortés, Ferrater, Ferrer, Freixas Sauri, Fuster, Gual, Gili Roig, Grau, Larraga, Masriera (J.), Masriera (L.), Nunell, Riquer, Rusiñol, Soler de las Casas, Torrecassana y Vallhonrat.

La artística arquilla le fué ofrecida al Sr. Maura la víspera de su santo por el Sr. Fuster, presidente del Círculo Artístico, y por el celebrado escultor Sr. Querol, y ha sido muy admirada y elogiada por cuantos la han visto, así por la elegancia del mueble como por la belleza de las pinturas que encierra.

UNA AMIGA (*que se cruza con ellos*).—¡Adiós, Lucrecia! (*Movimiento de sorpresa en Eduardo.*)

LA MAMÁ DE LA AMIGA ANTERIOR.—¡Adiós, rica!

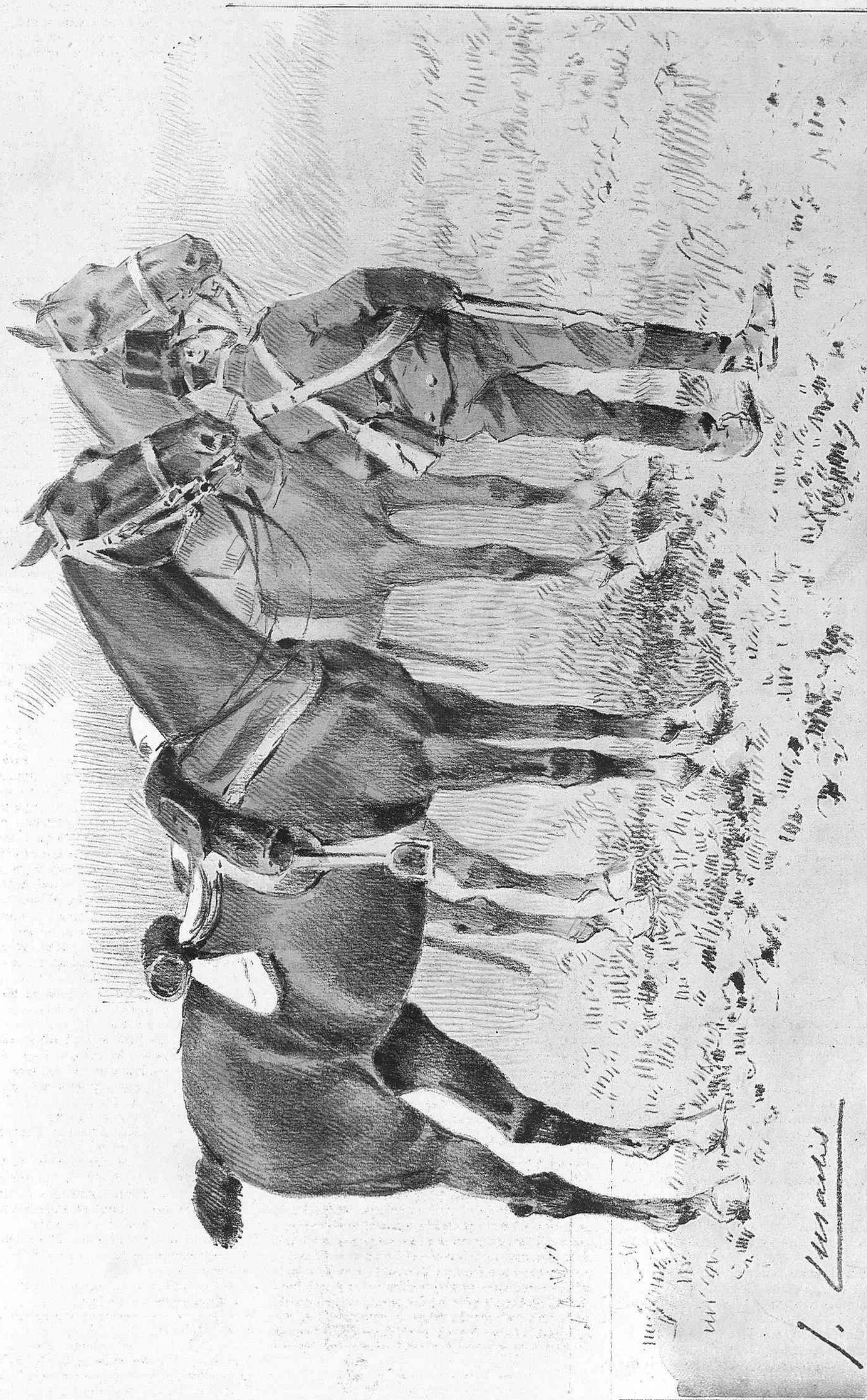


Vista exterior de la arquilla  
(De fotografías de Audouard.)

LA OTRA HIJA DE ESTA SEÑORA.—¡Adiós, Lucrecia!..

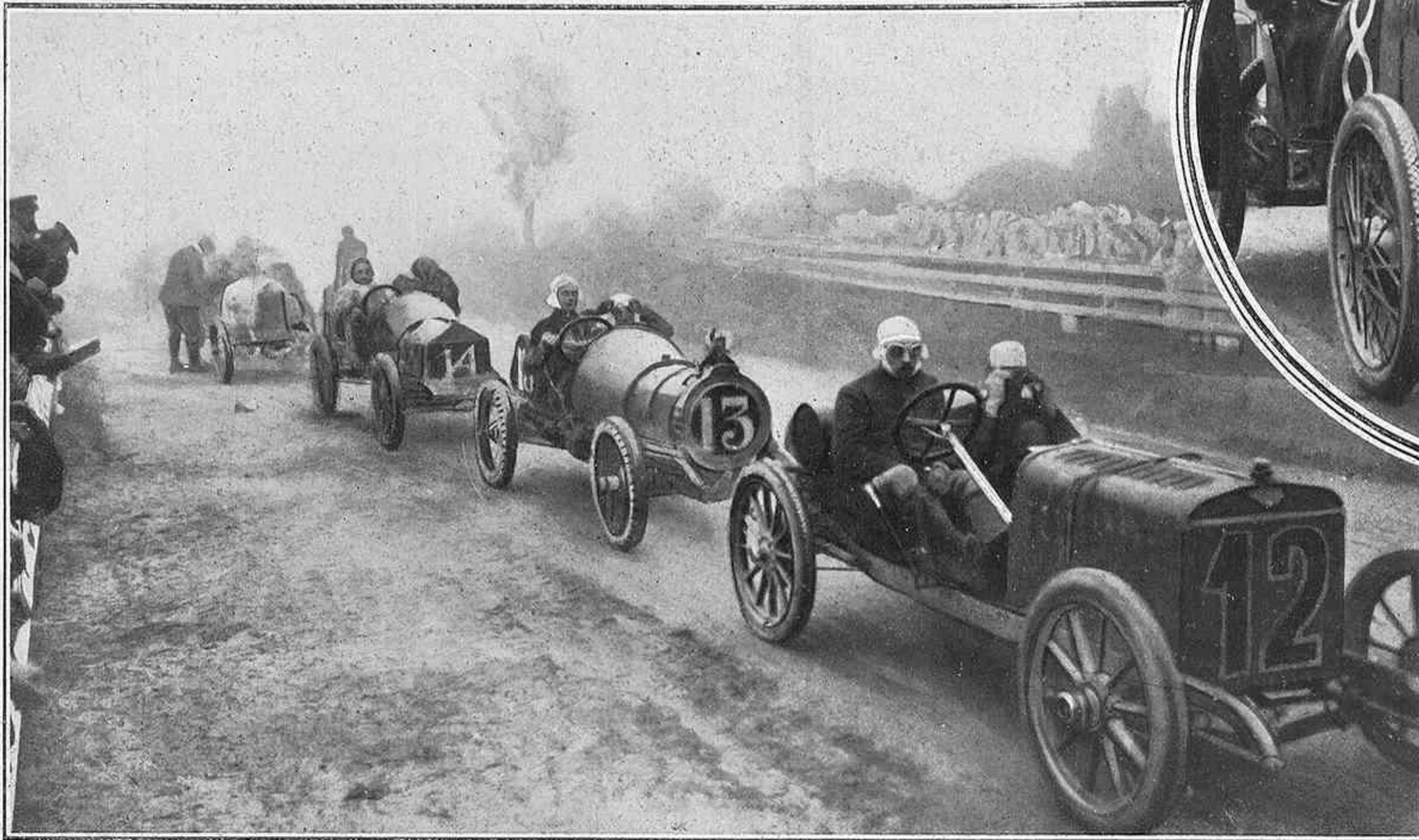
LUCRECIA (*colorada como un favo*).—¡Adiós!

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE OBRAS DEL NOTABLE PINTOR JOSÉ CUSACHS EN EL SALÓN PARÉS

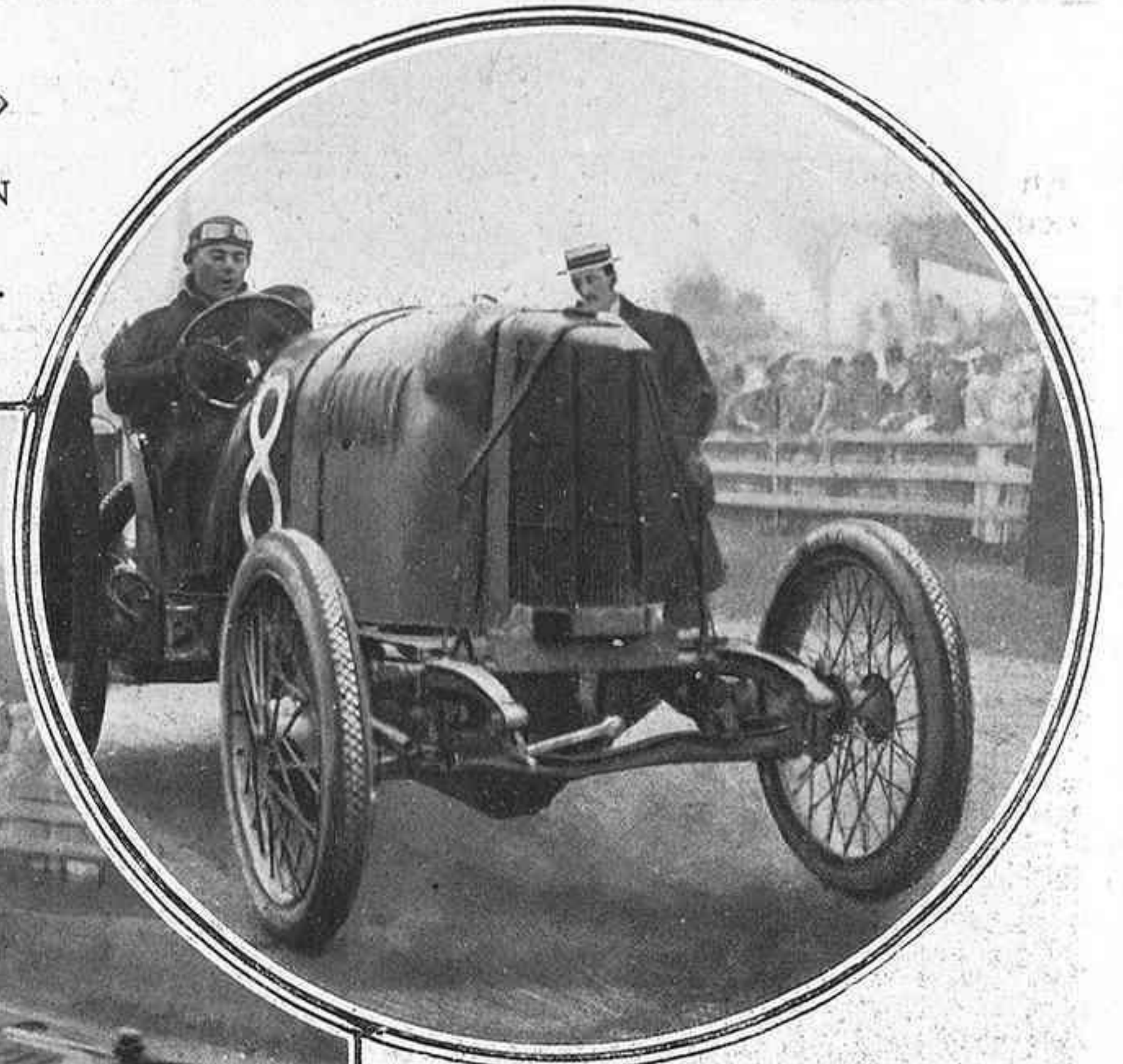


EL ORDENANZA, dibujo inédito de José Cusachs

ACTUALIDADES DEPORTIVAS.—LA COPA DE «VOITURETTES»  
DE «L'AUTO» EN BOULOGNE-SUR-MER.—LA CARRERA DEL GRAN  
PREMIO DE AUTEUIL.—LA COPA DEL PRÍNCIPE ENRIQUE DE PRUSIA.



Pillaverdie, en la voiturette n.º 12 de la Hispano-Suiza, ganador de la copa Delage



Giupone, el vencedor de la carrera en un Peugeot. (De fotografías de M. Branger.)

A estas alabanzas, tan merecidas, unimos nuestra entusiasta felicitación á la casa que ha creado tan importante industria en España y que á tanta altura ha sabido colocarse.

Las carreras del Gran Premio de Auteuil han resultado este año menos lucidas que los anteriores á causa de

la huelga de los palafreneros de Maisons-Laffitte, que impidió que en ellas tomaran parte los caballos de algunas de las más importantes cuadras francesas, y de los graves desórdenes que, como consecuencia de ello, ocurrieron en el hipódromo, en donde algunos grupos de revoltosos pegaron fuego á una parte de las vallas, apedrearon á los oficiales durante la carrera militar y ocasionaron varios destrozos. A pesar de esto, las carreras se efectuaron, habiendo ganado el premio de 125.000 francos Gran Steeple Chasse el caballo Saint Caradec, del Sr. Veil Picard, que salvó de un modo admirable los más difíciles obstáculos.

En los días 10 á 18 del actual se ha corrido en Alemania la Copa instituida el año pasado por el príncipe Enrique de Prusia. El circuito tiene una longitud de 1.829 kilómetros 200 metros, arranca de Berlín, sigue por Breslau, penetra en Austria, cruza el territorio del alto Tatra, diríjese por las estribaciones de los Cárpatos á Budapest, continúa hacia Viena, entra de nuevo en Alemania por Salzburgo y termina en Munich. Este circuito, que se recorre en siete jornadas, es el más difícil sin duda de cuantos hasta ahora se han escogido para tales pruebas, por el gran número de curvas y de pendientes que en él se encuentran. Para tomar parte en la carrera se inscribieron 114 automóviles, de los cuales corrieron 108 y de éstos sólo 90 terminaron la prueba, en la que ganó la copa Guillermo Opel.—R.



París.—La carrera del Gran Premio de Auteuil  
El caballo Saint-Caradec, vencedor en la carrera del steeple-chasse  
(De fotografía de M. Branger.)

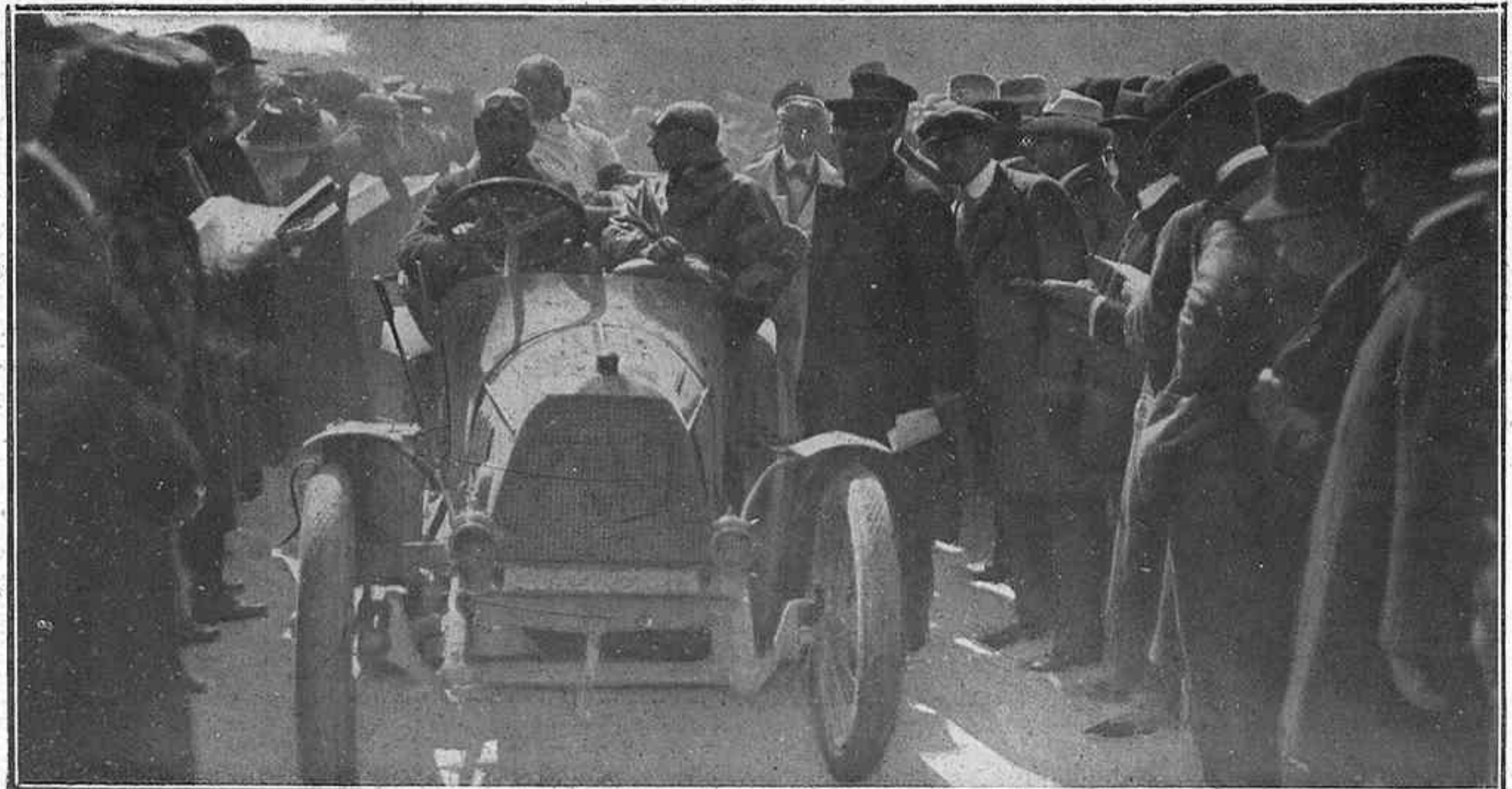
la carrera sin haber sufrido el menor accidente, y llegaron en quinto, sexto y séptimo lugar, habiendo efectuado el recorrido: el de Pilleverdie, en 6 horas, 27 minutos y 25 segundos; el de Zucarelli, en 6 horas, 33 minutos y 57 segundos, y el de Derny, en 6 horas, 34 minutos y 51 segundos; siendo de advertir que estos coches fueron los mismos que corrieron recientemente en la «Copa Cataluña» y cuya potencia hubo de ser reducida para que se ajustaran á las condiciones del concurso de Boulogne-sur Mer.

La mejor prueba del éxito alcanzado por esta marca barcelonesa nos la dan los grandes elogios que la prensa francesa, tan parca en alabar lo que es extranjero, le dedica. El importante diario parisiense *Le Figaro* califica de «magnífica» la carrera que hizo el equipo español, y hablando de los coches dice: «Conviene también mencionar el modo notable como se portaron las voiturettes de la Hispano Suiza. Son sumamente impresionantes por el funcionamiento de su motor, por la regularidad de su marcha y por la manera de hacer el recorrido. Son voiturettes perfectas.»

El día 20 de este mes corrióse en el circuito de Boulogne-sur Mer la Copa de «voiturettes» organizada por el periódico parisiense de deportes *L'Auto*. Tomaron parte en ella tres Peugeot, tres Hispano Suiza, tres Calthorpe, tres Crespelle, tres Fif, dos Demeester, un Werner, un Renault Schneider y un Gui. De estos veinte vehículos sólo ocho terminaron la carrera, en la que resultó ganador de la copa Giupone, que montaba un Peugeot, con un motor nuevo debido á M. Boudreaux, y que recorrió los 450 kilómetros en 5 horas, 56 minutos y 29 segundos.

Esta carrera ha sido un gran triunfo para la industria automovilista barcelonesa: la Hispano Suiza, que por primera vez tomaba parte en un concurso de *voiturettes* extranjero, ha ganado en éste, que ha sido el más importante de Francia durante el presente año, la Copa *Pavillon imperial*, ofrecida al 4 cilindros que en menos tiempo cubriese el circuito; la Copa «Delage» (de regularidad), destinada al coche que más se aproximase al tipo comercial y mejor clasificación obtuviese; y la medalla del consejero general Sr. Guyot, concedida al coche extranjero mejor clasificado.

Los tres coches de la Hispano Suiza terminaron



Carrera automovilista de la Copa del príncipe Enrique de Prusia.—Guillermo Opel, en un automóvil Opel, ganador de la copa. (De fotografía de Carlos Delius.)

PARÍS.—FIESTA DEL AERO-CLUB FEMENINO «STELLA.»—FIESTA DE LAS FLORES

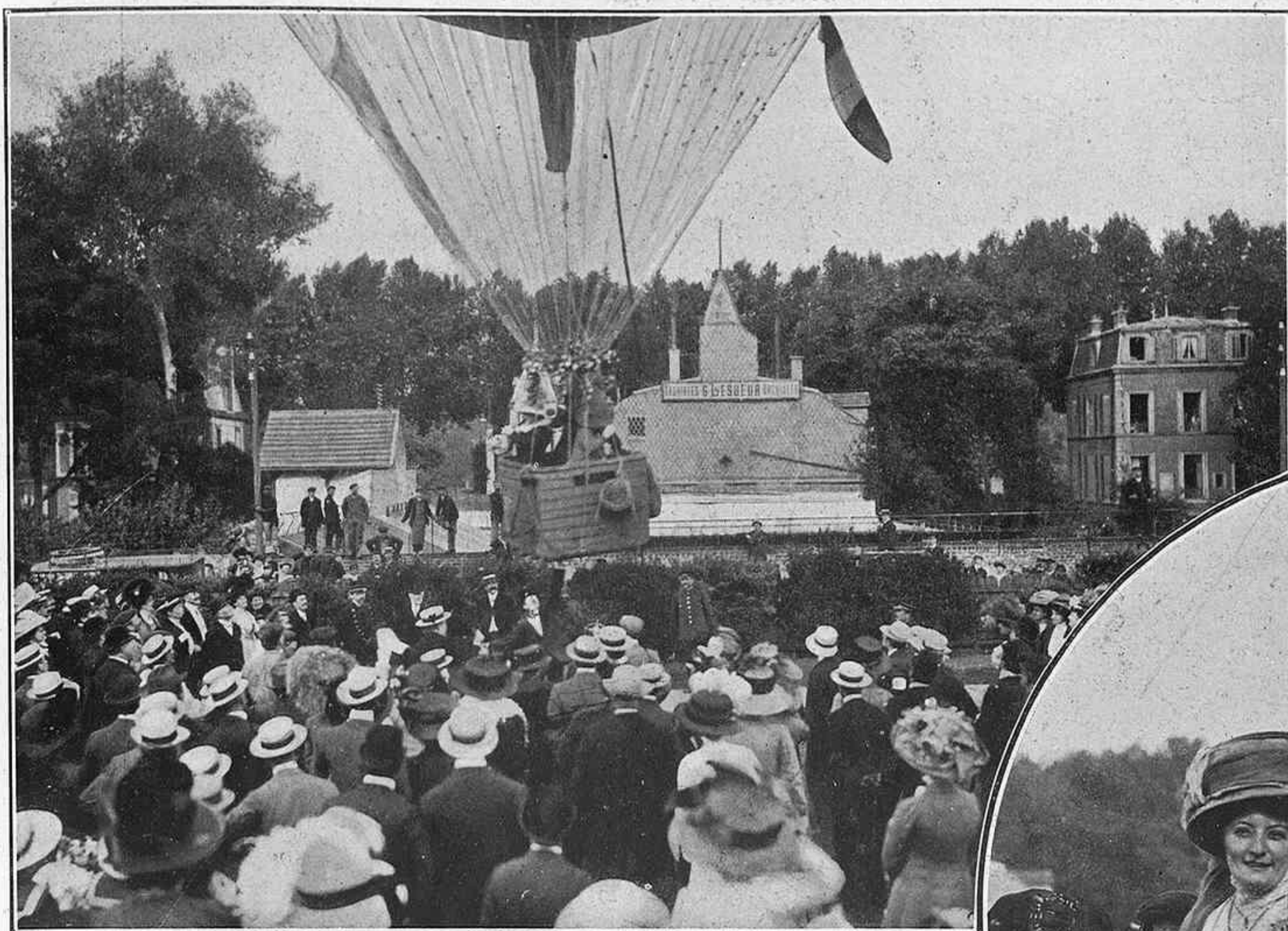
En el parque aerostático de Saint-Cloud, y ante concurrencia tan numerosa como elegante y distin-

nias, en Manchecourt; *Los Claveles*, en Vievy; *Las Centauros*, en Auxy, y *Las Hortensias*, en Villemon-

los contendientes se arrojaban puñados de flores desde los automóviles y coches rica y artísticamente adornados; una multitud inmensa, regocijada, tomó también parte en el combate lanzando y recibiendo una verdadera lluvia de floridos proyectiles.

Los premios otorgados por el Jurado lo fueron: el Gran premio para los automóviles, á la señora de Carnaud, que iba en un eléctrico convertida en bellísima cabaña cubierta de flores y ramaje; y el Gran premio para coches, á la señorita Susena Murat, que se presentó en un *cab* deliciosamente adornado al estilo Luis XV con margaritas, claveles y gasas.

Las demás banderas fueron adjudicadas: á las señoras de Gaby-Nellys y de Melza, en un landolet negro con hermosas guirnaldas de margaritas; á las señoras de Coll y de La Valette, en un do-



Fiesta inaugural del Aero-Club femenino «Stella.»

Salida del globo *Les Bluets*, tripulado por tres señoras solas. (De fotografía de Rapid.)

guida, inauguró el día 16 de los corrientes su carrera deportiva el Aero Club femenino «Stella.» Los seis globos que habían de tomar parte en la fiesta y que estaban adornados con las flores cuyos nombres llevaban, eran: *Les Bluets* (*Las Centauros*), *Las Rosas* (*Las Rosas*), *Les Paquerettes* (*Las Belloritas*), *Les Pivoines* (*Las Peonías*), *Les Œillets* (*Los Claveles*) y *Les Hortensias* (*Las Hortensias*).

Los aerostatos partieron por el mismo orden indicado, tripulados: el primero, por las señoras Surcouf, piloto y presidenta del *Stella*, y Airault, secretaria del Club, y por la señorita Tissot, de la junta del mismo; el segundo, por el Sr. Omer Demgis y por su esposa y la señora Desfossés Dalloz, vicepresidente; el tercero, por los Sres. Guffroy, Dumas y Albufeda, y por la señora de Dumas y la señorita Charpentier, secretaria; el cuarto, por el conde de Castellón de Saint-Victor y por las señoras de Albufeda, de la junta, y de Monnot, y la señorita Taty-Lango; el quinto, por el marqués de Kergariou y por las señoras de Max Vincent, vicepresidente del *Stella*, y de Savignac, tesorera, y el sexto y último, por los Sres. Bleriot y Leblanc y por la esposa del primero.

Al elevarse los globos, sus tripulantes, en vez de lastre de arena, arrojaron flores. Empujados por un fuerte viento, emprendieron veloz carrera, seguidos por multitud de automóviles.

El descenso efectuóse con toda felicidad, habiéndolo realizado: *Las Rosas* y *Las Belloritas*, en Milly; *Las Peo-*

tais, cerca de Roanne. Los cinco primeros descendieron en la misma tarde del 16; el último no descendió hasta la madrugada siguiente.

Dos días después de la fiesta del *Stella*, la sociedad elegante parisiense congregábase en el Bosque de Boulogne para asistir á la fiesta de las Flores, que se celebraba á beneficio de las Víctimas del Deber.

Durante más de tres horas las avenidas del Bos-

que fueron teatro de una reñida batalla, en la que ble faetón cuyo adorno lo constituían bellas peonías; á las señoras de Delamarre y de Berod, que casi des-

aparecían en el fondo de su victoria, enteramente envuelta entre peonías rosas, encarnadas y blancas; á las señoras de Aranson y Scott, cuyo coche estaba transformado en una preciosa libélula de flores; á la señora de Daniau, en una victoria decorada con hortensias rosas y azules; á la señora de Leblanc, que guiaba un coche convertido en tonel de claveles, centauros y amapolas, y á la señora de Dumont, cuyo automóvil ocultaban magníficos ramos de rosas de todos colores.

Así la batalla de flores como el desfile de los vehículos resultaron animadísimos y en extremo pintorescos.—S.



Las señoras de Surcouf y de Airault y la señorita Tissot, que tripulaban el globo «Les Bluets.» (De fotografía de M. Branger.)



La fiesta de las Flores.—La señora de Carnaud, cuyo automóvil obtuvo el primer premio (De fotografía de M. Branger.)

EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA.— SECCIÓN DE BELLAS ARTES



LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de José Benlliure





SU EMINENCIA, cuadro de José Benlliure

## LA GRANJA

## LA PROCESIÓN DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

Con gran solemnidad celebróse el día 17 en el real sitio de San Ildefonso, en donde reside actualmente la real familia, la procesión de la infraoctava del Corpus, que presidió S. M. el rey y á la cual asistieron los príncipes Ramiro y Felipe de Borbón, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Gracia y Justicia, los jefes superiores de palacio y de la casa militar del rey, los médicos de la real familia y otros funcionarios, todos de uniforme.

La procesión se organizó á las tres y media en la colegiata y salió por la puerta principal, recorriendo la carrera de costumbre por los jardines de palacio, en los que se habían instalado artísticos altares adornados con flores.

El obispo de Segovia, revestido de pontifical, conducía la Sagrada Forma bajo palio.

En el balcón principal de palacio presenciaron el paso de la procesión las reinas Victoria y Cristina y el príncipe de Asturias; en otro balcón estaban las infantas María Teresa, Isabel y Fulalia. Las augustas señoras arrojaron flores al paso de la procesión, que fué presenciada por numeroso público y regresó á la colegiata á las cuatro y media.



La Granja.—La procesión de la infraoctava del Corpus. S. M. el rey D. Alfonso, el presidente del Consejo de Ministros y demás personajes oficiales que asistieron á la procesión

(De fotografías de Asenjo.)

## MADRID.—DOS BODAS ARISTOCRÁTICAS

En un mismo día, el 18 de este mes, se han celebrado en Madrid dos enlaces aristocráticos: el de la señorita López de Carrizosa, hija del subsecretario del ministerio de la Gobernación, conde del Moral de Calatrava, con D. Miguel Maura y Gamazo, hijo del presidente del Consejo de Ministros, y el de la señorita de Figueroa, hija de los condes de Romanones, con D. Rafael de Bustos y Ruiz de Arana, duque de Pastrana é hijo de los marqueses de Corvera.

Efectuóse el primero en el templo del Perpetuo Socorro, de los Padres Redentoristas, que estaba preciosamente adornado con flores, habiendo bendecido la unión el arzobispo de Valladolid, padre Cos. Fueron padrinos la madre del novio y el

capellán de la casa de los condes del Moral de Calatrava D. Javier Correa rezó la misa.

La novia, que llamaba la atención por la belleza de su figura y la elegancia de su atavío, llevaba rico traje blanco de raso *liberty*, con magníficos encajes, y ramo de azahar.

Durante la ceremonia religiosa un coro de niñas cantó muy bien algunas piezas de música sacra.

Terminado el acto, al que por razón del reciente luto de la familia de la novia sólo asistieron los parientes más cercanos de los contrayentes y muy pocos amigos íntimos, los concurrentes se trasladaron al palacio de los condes del Moral de Calatrava, en donde se les sirvió un espléndido almuerzo.

Los recién casados salieron el mismo día de Madrid para Barcelona y Suiza, en donde pasarán la luna de miel.

La boda de la señorita de Figueroa con el duque de Pastrana se celebró en la capilla del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Fueron padrinos la madre del novio y el padre de la novia, y testigos, por parte de aquélla, sus tíos, los duques de las Torres y de Tovar, el conde de Almodóvar y el marqués de Alonso Martínez; y por parte del novio, los duques de Sessa y de Baena, el marqués de Velada y D. José de Bustos.

El templo estaba profusamente iluminado y adornado con flores; bendijo la unión el Sr. Sánchez Juárez, que pronunció una elocuente plática, y dijo la misa de velaciones el capellán de la casa de Romanones D. Juan de Dios Rubio.

La novia vestía riquísimo traje de raso *liberty*, con artísticos prendidos de azahar natural, y lucía el hermoso collar de perlas regalo de sus padres. El novio llevaba el uniforme de los maestrantes de Granada.

A la boda asistieron las principales familias de la aristocracia y de la alta sociedad de la corte, que en el palacio de los condes de Romanones fueron obsequiados con un magnífico almuerzo.

Los novios se trasladaron aquella misma tarde á la finca que los marqueses de Corvera poseen en Criptana.



Madrid.—Boda de la señorita López de Carrizosa, hija de los condes del Moral de Calatrava, con D. Miguel Maura y Gamazo, hijo del presidente del Consejo de Ministros. (De fotografía de Asenjo.)

**Espectáculos.—BARCELONA.**—Se han estrenado con buen éxito en Novedades *El gran tacaño*, comedia en tres actos de los Sres. Paso y Abati; y en el Eldorado *El caballero lobo*, fábula en un prólogo y dos jornadas de D. Manuel Linares Rivas, y *El idilio de los Viejos*, comedia en dos actos de Juan Antonio Cavestany.

En el teatro del Bosque ha comenzado á funcionar una compañía de ópera en la que figuran, entre otros artistas, las señoras Rossini, Luchini y Canutti, y los señores De Fernando, Diglioti, Azolini, Billi, Molinari y Talamea. Con las óperas de repertorio pónense además en escena bailes de grande espectáculo, en los que trabaja la notable pareja Ratti-Bianchiffiori.

La nueva plaza de toros, convertida en teatro con el nombre de Politeama de las Arenas, se ha inaugurado con una excelente representación de la preciosa ópera de Wágnner *La Walkiria*, dirigida por el eminente maestro alemán Willibaldo Kaeler y cantada por las señoras Giudicci, Laveroni y Galán, y los señores Biel, Pessina y Vidal, todos los cuales fueron muy aplaudidos, como lo fué también la orquesta, compuesta de 80 profesores. Se han cantado además *Aida* y *La Tosca*, habiendo debutado en esta última la señora Berlendi y los Sres. Salvaneschi y Query, que alcanzaron muchos aplausos en unión del maestro Camaló.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito: en el Cómico *Las mil y pico de noches*, revista de gran espectáculo, letra de los Sres. Perín y Palacios, música del maestro Jiménez, y *El bello Narciso*, zarzuela en un acto de los Sres. Castillo y Oliver, música del maestro Montenegro; en la Zarzuela *La Tajadera*, zarzuela de costumbres aragonesas en un acto, letra de los hermanos Melantuche, música del maestro Barrera, y *La Comisaría*, pasillo cómico-lírico en un acto, letra y música de García Alvarez; en Romea *La sacristía*, comedia en un acto del Sr. Toro y Luna; *La hora del amor*, comedia en un acto de Vicente Almela, y *Alma que huye*, comedia en un acto de los Sres. Lezama y Feijoo; en el Gran Teatro *Guasa viva*, sainete de costumbres andaluzas en un acto de

los Sres. Filiso y Figuerola, música del maestro Candela, y *Las barbas del vecino*, humorada lírica en un acto, letra de Fiacro Irayoz, música del maestro Torregrosa; en Apolo *Los hombres alegres*, zarzuela en un acto de los Sres. Paso y Abati, música del maestro Lleó; *Las gafas negras*, sainete en un



Madrid.—Boda de la señorita de Figueroa, hija de los condes de Romanones, con el duque de Pastrana. (De fotografía de Asenjo.)

acto, letra de los Sres. Moncayo y Plaza, música del maestro Penella, y *El método Górriz*, zarzuela en un acto, letra de Carlos Arniches, música del maestro Lleó, y en el teatro Regio *Fases de luna*, zarzuela en tres actos y un prólogo, letra de López Raso y música del maestro Crespo.

ERRATA.—La fotografía del tenor Carasa reproducida en el número último nos fué remitida por el Sr. Frederic, pero no es obra de éste, como equivocadamente dijimos.

## LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



—Amigo mío, empezó diciendo el enviado, hemos errado absolutamente el camino

—En su inconsciencia, ¿no habría abandonado á a criaturita por estas inmediaciones?, preguntó el médico.

—Se la hubiera encontrado, contestó el guardia, y lo hubiéramos sabido.

No había, pues, nada que esperar por aquel lado, y el Sr. Laroche y el doctor, después de un corto conciliábulo, decidieron bajar á lo largo del Sena é ir preguntando al paso.

Pero desde el principio de sus investigaciones, se dieron cuenta de las dificultades insuperables de la tarea que habían emprendido.

¡Hace tres años!.. ¡Una noche!.. ¡Una joven local!.. Ninguna de las personas á quienes se dirigieron recordaba nada parecido.

—Sin embargo, dijo el Sr. Laroche arrastrando al doctor, Juana no podía venir de muy lejos. Considere usted... ¡A pie, en el estado en que se encontraba!

—Continuemos, dijo el Sr. Desvallieres. Quizá averigüemos algo más lejos.

Y en las tabernas, cerca de los armadieros, se renovaban las preguntas, sin resultado siempre.

Pasaron el Sena por el puente de Moulineaux, después de explorar en vano toda la margen derecha hasta la altura de Boulogne, y llegaron al Bajo Meudon, cada vez con menos esperanzas.

Por su parte, la madre de Luciano y Griffonnier se habían puesto en campaña.

En primer lugar habían ido á casa de la señora Bichet, la lavandera que había asistido al alumbramiento de Juana; pero esta mujer se había marchado

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

del país, después de vender su establecimiento, y su sucesor no sabía su dirección; no tuvieron más remedio que ir á Clamart para ver á la propietaria de la casa que Luciano había habitado con su mujer.

Allí les esperaba una nueva decepción. Se les dijo que la viuda Paumelle había salido por la mañana para ir á ver á un sobrino suyo, descargador en casa de un comerciante en carbones del Bajo Meudon.

La señora de Favreuse y Griffonnier resolvieron entonces ir inmediatamente al encuentro de la viuda Paumelle, y gracias á la dirección del sobrino, que habían pedido en Clamart, no tardaron en encontrar á la casera. La buena mujer quedó sorprendida cuando su sobrina fué á anunciarle que había un caballero y una señora que deseaban hablar con ella en seguida.

El Sr. Griffonnier tomó la palabra, y con el aire de autoridad de un magistrado inquiridor, preguntó:

—¿Es usted la señora Paumelle, propietaria en Clamart?

—Sí, señor, contestó la viuda algo desconcertada por el tono casi conminatorio de aquellas palabras.

—¿Usted posee, no es cierto, una casa aislada en la costanera, entre Clamart y Meudon?

«Será para alquilarla»—pensó la viuda, cuya cara se alegró.

—Sí, señor, contestó. Pero la casa no está tan aislada como usted supone; tiene al lado un establecimiento muy frecuentado en verano, y si es para alquilarla para lo que ustedes...

—No, no, contestó el antiguo pasante, sólo quisiera enterarme de una cosa. Hace tres años, usted alquiló esa casa á un joven matrimonio procedente de París, ¿no es cierto?

—Es verdad, confesó la señora Paumelle, y tengo motivos para recordarlo. La joven señora se encon-

traba en una situación interesante, y venía á Meudon para dar á luz.

—Esó es, dijo el amigo de Luciano. ¿Por consiguiente, aquella joven señora salió de su cuidado en la casa de usted?

—Sí, señor; supe que, en efecto, había dado á luz. Y por cierto que pasó entonces una cosa que nunca he podido comprender.

—¿Qué pasó?, preguntó Griffonnier.

—Mis inquilinos desaparecieron á lo mejor, sin prevenirme. ¡Oh! No puedo decir que se largasen sin pagar, puesto que yo había recibido por anticipado el importe de seis meses de alquiler; pero no deja de ser extraño, pues allí dejaron toda su ropa.

—¿Y desde entonces no ha vuelto usted á verlos?, preguntó el ex pasante. ¿Aquella señora no volvió á parecer por el país?

—Nunca, declaró la viuda, y diríase que han traído mala sombra á mi casa... Figúrense ustedes que desde entonces no he podido alquilarla.

—Vamos á ver, señora, haga usted memoria, insistió Griffonnier sin escuchar las lamentaciones de la casera. ¿No oyó usted decir nada acerca de la hija de aquella señora? ¿No sabe usted á quién la confió? Debió confiarla á alguien... á una nodriza...

—¿Una hija?.., preguntó con sorpresa la propietaria.

—Sí, la niña que nació en la casa de usted. ¿No la recogió alguien en el país, al desaparecer el matrimonio?

—¿Cómo!, exclamó la viuda Paumelle. ¿Entonces aquella señora no se llevó á su hijita?..

—No sabemos, dijo Griffonnier; la niña desapareció el mismo día que su madre, y tiene usted interés y hasta el deber de proporcionar á la justicia todos los informes que puedan permitir encontrarla.

—¡Ay, caballero, yo no sé nada absolutamente!, aseguró la buena mujer un poco asustada. Yo no sabía siquiera que mis inquilinos hubiesen partido, cuando un día vino alguien á decirme que mi casa parecía abandonada. Fui y, en efecto, encontré todo abierto, todo en desorden y nadie en la casa. Entonces cerré la puerta y no pasó más.

—¡Cosa más extraña!, dijo entonces la señora de Favreuse.

—¡Oh, pero callen!, repuso vivamente la propietaria. Ahora recuerdo una cosa.

—Diga usted, replicó con marcado interés el antiguo pasante.

—Algunos días después de la desaparición de mis inquilinos, vino á mi casa, á Clamart, un muchacho que yo no conocía..., un chico con la cara tiznada que venía de París, portador, según dijo, de una carta para la joven señora que vivía en mi casa. Venía de la casa, donde no había encontrado á nadie, y me dijo que si aquella señora volvía, avisase yo en seguida á otra señora que vive..., aguarden ustedes, sé que es en París, pero aún debo tener su dirección en mi casa... Si quieren ustedes subir de nuevo á Clamart, se la daré..., quizá pueda serles útil..., porque esa señora de París debe conocerla...

No había que vacilar y convinieron en volver á casa de la viuda.

La señora de Favreuse estaba ya en el umbral cuando retrocedió vivamente, cogiendo á Griffonnier por el brazo y diciéndole en voz baja:

—Esperemos un instante.

La comadrona parecía muy emocionada, y el ex pasante la miraba con sorpresa.

Se habían metido otra vez en el pasillo, y la señora de Favreuse añadió, también en voz baja:

—Asómese un poco y mire á la derecha.

Griffonnier obedeció y miró á su vez en la dirección indicada por la madre de su amigo.

—¡El Sr. Laroche!, murmuró. ¿Buscará también á la niña?... ¿Quién demonios ha podido dirigirle hacia aquí y ponerle sobre la pista?..

La viuda Paumelle, detrás de la comadrona y de su acompañante, estaba asombrada de sus maneras extrañas; pero, para ella, Griffonnier pertenecía á la policía ó á la justicia, y comprendió instintivamente que no debía intervenir. Así es que no hizo observación alguna y entró en el cuarto de su sobrino para ponerse el sombrero y el abrigo.

El ex pasante siguió con atenta mirada la marcha del Sr. Laroche y del doctor, pues eran ellos, efectivamente, los que acababan de pasar, continuando al azar las averiguaciones empezadas por la mañana.

—Entran en la taberna de la plaza, dijo á la señora de Favreuse. Hemos de saber qué es lo que buscan. Vaya usted sola á Clamart con la propietaria, y cuando tenga la dirección que nos ha prometido, vuelva directamente á su casa, donde nos encontraremos. Voy á quedarme para vigilar al señor Laroche.

La viuda Paumelle volvió á salir en aquel momento, y como acababa de ser convenido, la madre de Luciano acompañó á la viuda á su casa, evitando pasar por delante de la taberna donde el Sr. Laroche y el doctor acababan de entrar.

El antiguo pasante salió á su vez y fué á emboscarse á la orilla del río, detrás del pontón de los vapores de viajeros, desde cuyo punto podía vigilar la puerta de la taberna.

El padre de Juana y el doctor Desvallieres no tardaron en salir, y cuando se hubieron alejado, Griffonnier, entrando á su vez en la taberna, se hizo servir una copa sobre el mostrador.

—O yo me engaño, dijo al tabernero, ó me parece reconocer á uno de esos dos caballeros que acaban de salir de aquí. ¿No es el Sr. Laroche, comerciante en licores?

—No puedo decirselo á usted, caballero, porque es la primera vez que los veo, contestó el tabernero; no son de aquí.

—Sin embargo, se me había figurado..., y pensé que había venido á ofrecer sus licores.

—No, esos caballeros preguntaban solamente una cosa; uno de ellos, el bajito, es médico, puesto que el otro le llamaba doctor; parece que buscan á una mujer que vivió por aquí hace tres años. Pero como sólo hace un año que estoy establecido, no he podido informarles.

—Me habré equivocado, dijo Griffonnier. Muchas gracias.

Pagó su copa y salió. Sabía lo que deseaba saber, y subiendo la empinada cuesta y las interminables escaleras del sendero Obeuf, volvióse á Meudon y se dirigió inmediatamente al domicilio de la comadrona.

La señora de Favreuse aún no había vuelto, y Griffonnier puso, mientras tanto, á su amigo al corriente de las diligencias practicadas. Enteróle también

del encuentro del Sr. Laroche, en compañía de un médico.

—¿Ves como yo tenía razón?, concluyó el ex pasante. Tu suegro es ajeno á la desaparición de la niña, ignoraba la maternidad de su hija, y no hay duda que hoy busca á la criatura cuya existencia le revelé. Pero por lo visto no tiene indicio alguno, y creo que lograremos nuestro objeto antes que él, probablemente.

En esto la señora de Favreuse volvió.

—Aquí está la dirección de esa señora, murmuró entregando á Griffonnier un papel amarillento.

—Señora viuda de Landry, calle de Bernardinos, número 25, leyó en alta voz el ex pasante.

Luciano se estremeció.

Aquel nombre y aquella dirección eran los del desgraciado cobrador cuyo suicidio había él causado con su robo.

—¿Conoces ese nombre?, preguntó Griffonnier.

—Vaya. La cosa es clara, contestó el miserable. Esa viuda Landry era conocida de Juana, y es evidente que le confió la niña.

Refirió entonces á su madre y á Griffonnier, que le escuchaban con el más vivo interés, todo lo que sabía de las relaciones de Juana con la familia Landry, que ella había tomado bajo su protección.

Como la señora de Favreuse hiciera alusión al muchacho que se había presentado en casa de la viuda Paumelle, en Clamart, el chico con la cara tiznada, como había dicho ella, Luciano comprendió en seguida que se trataba de Pablito Galoux, el pequeño deshollinador, cuyas relaciones con la familia Landry le eran conocidas.

—Sí, es el niño que se encontraba en Montmartre, como te dije, en el momento en que mi padre se mató, explicó Luciano á su madre. Estoy seguro de que nuestra hija se encuentra en casa de esa gente.

—Muy bien, dijo Griffonnier, yo lo averiguaré.

Sabía que su amigo no podía presentarse á la familia del cobrador, y resolvió ir solo.

Pablo Galoux, á medida que crecía, tomaba cada vez más en serio su papel de cabeza de familia, admirablemente secundado por Rosita, que mostraba todas las cualidades de una perfecta ama de gobierno y prodigaba á la pequeña Jenny, la pobre niña abandonada, los cuidados de una verdadera madre.

Era «su hija», y pronunciaba esta palabra con todo el orgullo y la ternura de una madre.

Los vecinos de la familia infantil estaban maravillados de la manera con que llevaba la casa.

Pablo ganaba ahora lo suficiente para vivir; su amo, el fumista, le tenía en gran aprecio, y considerando los servicios que el inteligente muchacho le prestaba, lo trataba desde hacía mucho tiempo como á un verdadero obrero.

La paga de Rosita había aumentado también y un nuevo recurso había venido á aumentar sus ingresos.

Víctor Landry, el hermano de Rosita, tenía ahora catorce años, y los religiosos de San Nicolás, una vez terminada su instrucción, le habían buscado una colocación, queriendo así recompensar la inteligencia y la aplicación que siempre había mostrado. Era un discípulo que honraba á sus maestros.

Víctor había manifestado siempre extraordinarias disposiciones para el dibujo; por esto lo habían colocado en casa de un gran contratista que tenía obras considerables en las inmediaciones de la Butte Chaumont, donde se construían numerosas habitaciones obreras.

Desde su entrada en funciones, Víctor no había tardado en prestar verdaderos servicios al arquitecto, á pesar de sus pocos años. Dibujaba admirablemente, pues había aprendido la arquitectura y la aguada, por las cuales mostraba serias disposiciones.

Así que pronto le señalaron sueldo, modesto al principio, pero que le permitió ayudar seriamente á su hermana y á su amigo.

Le habían instalado una cama en el cuarto de Pablo, y Rosita hacía sonreír á sus vecinos cuando les hablaba del trabajo que le daban sus «dos hombres» con su ropa; tenía que cuidar de todo y de todos...

Pero «su hija» sobre todo, objeto de su más tierna solicitud, era su coquetería. La pequeña Jenny era ciertamente la criatura mejor cuidada de cuantas eran confiadas á la sala de asilo á que iba ahora.

La pequeña familia de la calle de Descartes era, pues, completamente feliz.

El afecto de Pablo y Rosita no había hecho más que aumentar con la estimación que les inspiraban las cualidades que mutuamente se descubrían cada día.

Su matrimonio, resuelto desde hacía mucho tiempo, no era más que una cuestión de edad y ya habían fijado la época de su enlace.

Huérfanos ambos, eran libres y no dependían de nadie.

A una observación de Rosita, que había emitido la idea de una intervención posible del tío Bourasse, Pablo, que conocía «sus derechos», había tranquilizado á su amiga.

—Nada temas, le dijo; mi tío está demasiado contento con haberse desembarazado de mí para entrometerse en nuestros asuntos, en los cuales nada tiene que ver. Su consentimiento no es necesario; no es mi tutor.

En la casa que habitaban, su historia era conocida, es decir, la parte que ellos habían referido, y su animosa conducta, su extraordinaria laboriosidad, les había valido la estimación de todo el mundo.

Víctor, desde su instalación al lado de su hermana, había puesto un cariño muy grande en la pequeña Jenny, y el muchacho no había tardado tampoco en poseer la más entera simpatía de la niña, gracias á su carácter alegre y á todas las complacencias que por ella tenía.

Víctor acompañaba la niña al asilo, y cuando tenía un momento de libertad la llevaba contentísima á los jardines del Luxemburgo, antes de regresar á casa.

Los domingos salían todos juntos y organizaban paseos por los alrededores de París, al parque de Montsouris, al bosque de Vincennes y hasta á Meudon.

Rosita estaba casi celosa de la ternura creciente que su hermano manifestaba á la pequeña Jenny, que no podía pasar sin su «Totor», como le llamaba.

—Es mi novia, declaraba Víctor Landry, y cuando sea grande, haremos como vosotros, nos casaremos. ¿Verdad, Nini? Seré tu marido...

—Sí, contestaba la niña gravemente. Totor será mi marido.

Víctor le había comprado una hermosa muñeca, á la que daban el nombre de Carlota, y convenían en que él era el papá, Pablo el tío y Rosita la tía de Carlota.

Esto hacía reír á Rosita y á Pablo, y les recordaba el tiempo, lejano ya, al menos tal les parecía, en que ellos también se habían declarado novios casi tan ingenuamente, vestidos de primeros comulgantes.

Griffonnier fué á la calle de Bernardinos; al antiguo domicilio del cobrador.

—¿La señora viuda de Landry?, preguntó á la portera.

Esta examinó un instante al caballero, cuyo severo traje, aire digno, patillas, lentes y cartera que llevaba debajo del brazo denunciaban á un hombre de ley, y luego contestó:

—¡La señora Landry! ¡Hace mucho tiempo que no vive aquí!

—¡Ah!, dijo el ex pasante, ¿se ha mudado? ¿Sabe usted su nuevo domicilio?

—¡Su nuevo domicilio!.. ¡Ah, la pobre está en el cementerio!

—¿Murió?, exclamó Griffonnier con sorpresa.

—¡Ay, sí, señor! La pobre familia ha sido desgraciada.

Y sin que su interlocutor se lo rogase, la portera le contó el suicidio de Landry, la enfermedad y finalmente la muerte de la viuda.

—¡Todo eso es muy triste!, dijo Griffonnier, que esperaba obtener otros informes haciendo hablar á la portera. ¡Entonces llego tarde, pues traía una buena noticia á esa excelente familia!..

—Pero quedan los hijos, dijo vivamente la portera, y si les pudiera aprovechar, sería una suerte, ¡porque esas criaturas son muy dignas de interés, créalo usted!

La excelente mujer refirió entonces al que tomaba por un procurador la instalación de Rosita en la calle de Descartes y cómo la animosa muchacha se las había arreglado sola, asumiendo por añadidura la misión de criar una niña que estaba al cuidado de su madre.

—¡Sí, una niña que la señora de Landry tenía en su casa al morir! Pues bien, caballero: la pequeña Rosita Landry se encargó de ella y se la llevó consigo.

Griffonnier dió las gracias á la portera y declaró que iba á la calle de Descartes.

El antiguo pasante se fué convencido de que la niña de que le acababan de hablar era la hija de su amigo Favreuse.

En la portería de la calle de Descartes preguntó hábilmente; pero allí creían que la niña era hermana de los muchachos de que hablaba, y no pudo obtener más que algunos detalles respecto al género de vida de los «huérfanos», como les llamaban en la casa, y la opinión personal de la portera sobre aquellos «excelentes muchachos» que eran la admiración de todo el mundo.

El ex pasante creyó prudente no llevar más allá

sus investigaciones. Era preciso ver y no alarmar á los muchachos que habían recogido á la niña.

Por lo demás, sabía todo lo que necesitaba saber. La portera, hablando, pronunció el nombre de la

Las investigaciones del Sr. Laroche habían de ser infructuosas. No llegó á encontrar ninguna pista.

Durante varios meses, ayudado del Sr. Desvallieres y del notario Verdelet, registró inútilmente casi todos

Durante el primer año de su residencia en Montreal, las cartas de Luciano, aunque raras, le llegaban con regularidad. Luego cesaron de pronto.

¿A qué atribuir aquel silencio?



Y sin que su interlocutor se lo rogase, la portera le contó el suicidio de Landry, la enfermedad y finalmente la muerte de la viuda

niña criada por Rosita Landry y por Pablito, y al oír el nombre de Jenny, el de la hija de Juana Laroche, ya no tuvo la menor duda.

Aquella niña era la que él buscaba.

El licenciado de presidio regresó á Meudon y dio cuenta de sus diligencias.

—He encontrado á tu hija, anunció radiante de alegría. Está en casa de los Landry, calle de Descartes.

—Lo que yo me figuraba, dijo Luciano. Entonces no tengo más que ir á buscarla.

—Un momento, objetó Griffonnier. ¡No hay que hacer nada á la ligera!..

—¡En fin, es mi hija!.. y ¡si quiero tener cogido al Sr. Laroche!.. Además, es mi derecho, exclamó el marido de Juana.

—Tu derecho, no digo que no, contestó Griffonnier; ¡pero si es así como cuentas tener cogido á tu suegro, permíteme que te diga que vas por mal camino! No obtendrás nada, absolutamente nada, amigo mío, y voy á decirte lo que sucedería. El Sr. Laroche busca también á la niña, ¿no es cierto? Puede seguramente impedir que la tengas, y para ello hay que reconocer que todas las probabilidades están de su parte. ¡Por consiguiente, cuando sepa que tienes á la niña, te la disputará, entablará un proceso de separación, que tu mujer ganará inevitablemente!.. Te verás obligado á devolver la niña á su madre, y habrás levantado la liebre para los otros.

—Tu amigo tiene razón, dijo la señora de Favreuse.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?, preguntó Luciano.

—Nada absolutamente, declaró Griffonnier; sabemos que la niña se halla en casa de la pequeña Landry, y está allí más oculta que en ninguna otra parte. Tu suegro no irá nunca á buscarla allí. Además, no perderemos de vista la calle de Descartes, y nada nos impide, mientras el Sr. Laroche la busque inútilmente, lo que puede durar mucho tiempo, nadie nos impide seguir acusándole de haber hecho desaparecer á la niña con un interés que le sería difícil negar. ¡De este modo, sí, le tenemos cogido, y yo me encargo de hacerle aflojar la mosca!

—¡Sí, sí, le apruebo á usted plenamente!, dijo la señora de Favreuse al amigo de su hijo.

Luciano acabó por ceder, y se convino que el ex pasante dirigiría el negocio.

los alrededores de París, sin descubrir un sólo indicio que pudiese ponerlos en camino de lograr su objeto.

Hasta recurrió á una agencia de investigaciones y luego á la Prefectura de policía, que tampoco descubrió nada.

De vez en cuando volvía al Cepellón á ver á Juana, cuyo estado era siempre el mismo; y volvía á reanudar su tarea con nueva energía, sostenido por una esperanza constante.

De regreso de uno de aquellos viajes recibió una carta cuya firma, que leyó ante todo, provocó en él un movimiento de cólera.

¡Godefroy! Era aquella especie de agente de negocios que se le había presentado en el Cepellón de parte de su yerno.

¿Qué quería otra vez?

En aquella carta le intimaban que diese á conocer el sitio en que había sido depositada la hija del señor de Favreuse.

El antiguo comerciante estrujó la carta con rabia y no contestó.

El notario Verdelet, consultado por Laroche sobre el particular, opinó también que no había que hacer caso de las reclamaciones del marido de Juana.

Pero poco tiempo después, Laroche recibió otra carta, firmada también por Godefroy, más conminatoria, y las amenazas que contenía inquietaron seriamente al antiguo comerciante.

Se le demostraba, sin refutación posible, que sólo él tenía interés en la desaparición de la niña, que sólo él había podido hacerse culpable de aquella supresión, y se le intimaba que la entregase ó presentase su partida de defunción si había muerto.

Se reclamaba con urgencia una contestación, y la carta terminaba con la amenaza ostensible de obrar energicamente haciendo intervenir á la justicia.

Griffonnier, seguro del éxito, no abandonaba la presa.

## XXI

### EL RECUERDO

A Edmundo de Favreuse le tenía inquieto desde hacía mucho tiempo el no recibir noticias de su hermano, y varias veces había tratado en vano de averiguar lo que había sido de él.

Edmundo se lo había preguntado con frecuencia, haciendo las conjeturas más diversas; luego, absorbido por las preocupaciones y los negocios, dejó transcurrir largos períodos que casi le hicieron olvidar aquella falta de noticias.

Las empresas de James Pick y de Edmundo de Favreuse habían tomado, en efecto, desde mediados del segundo año, un inesperado desarrollo. El padre del joven ingeniero, que continuaba residiendo en Londres, había adquirido, secundado por un grupo de accionistas, la *Star Line*, y había sido guiado en este negocio por los consejos de Edmundo de Favreuse, el cual, antiguo representante de esta compañía de navegación en el Havre, había previsto su desarrollo y su porvenir. Entonces se había tratado de establecer, en la desembocadura misma del San Lorenzo, importantes astilleros para toda clase de construcciones marítimas, y James Pick había encontrado, en la edificación de los talleres y fábricas necesarias, ocupaciones que le absorbieron de tal manera que tuvo que abandonar completamente á Favreuse la dirección de la casa armadora de Montreal.

De este modo encontró Edmundo un nuevo campo abierto á su actividad y á su inteligencia, y supo asimilarse tan perfectamente á su nueva situación, que en menos de seis meses la casa vino á ser la más importante de la plaza. Pronto fué necesario construir para el servicio de las expediciones un *railway* que puso á Montreal en comunicación directa con los astilleros del San Lorenzo, pasando por Sorel y Quebec, y no bastando esto todavía, apenas abierta esta línea á la explotación, fué necesario construir otra para ir directamente á Portland, punto de escala de la parte más importante de la flota.

En medio de aquellos negocios gigantescos, que necesitaban idas y venidas de un puerto á otro y hasta largos viajes al interior hasta el Ohio, el Illinois, el Misuri y el Arkansas, Edmundo se halló absorbido al extremo de que el tiempo volaba para él con una rapidez desconcertadora.

Cuando leía noticias de Francia en los periódicos canadienses ó de Nueva York, seguía atentamente todas las fases de la política, pues se preguntaba si su hermano, ligado por el servicio militar, no había sido enviado con parte de su regimiento al Tonkín ó á Túnez, ocupados entonces por las tropas francesas.

(Se continuará.)

## ENTREVISTA DEL TSAR NICOLÁS II

Y DEL EMPERADOR GUILLERMO II

Los dos soberanos Nicolás II, tsar de todas las Rusias, y Guillermo II, emperador de Alemania, han celebrado una cordial entrevista en aguas finlandesas, en Bjoerkoe, adonde llegó Guillermo II, en la mañana del 17, á bordo del yate imperial *Hohenzollern*, al que daban escolta varios buques de la armada alemana. Apenas anclado el yate, el tsar se trasladó á él para visitar al emperador, con quien estuvo conversando media hora; inmediatamente éste devolvió la visita á Nicolás II, quien le recibió en el *Standart* acompañado de su esposa, y allí almorzaron los soberanos. Ocioso es decir que al final del almuerzo se pronunciaron afectuosos brindis por uno y otro monarca.

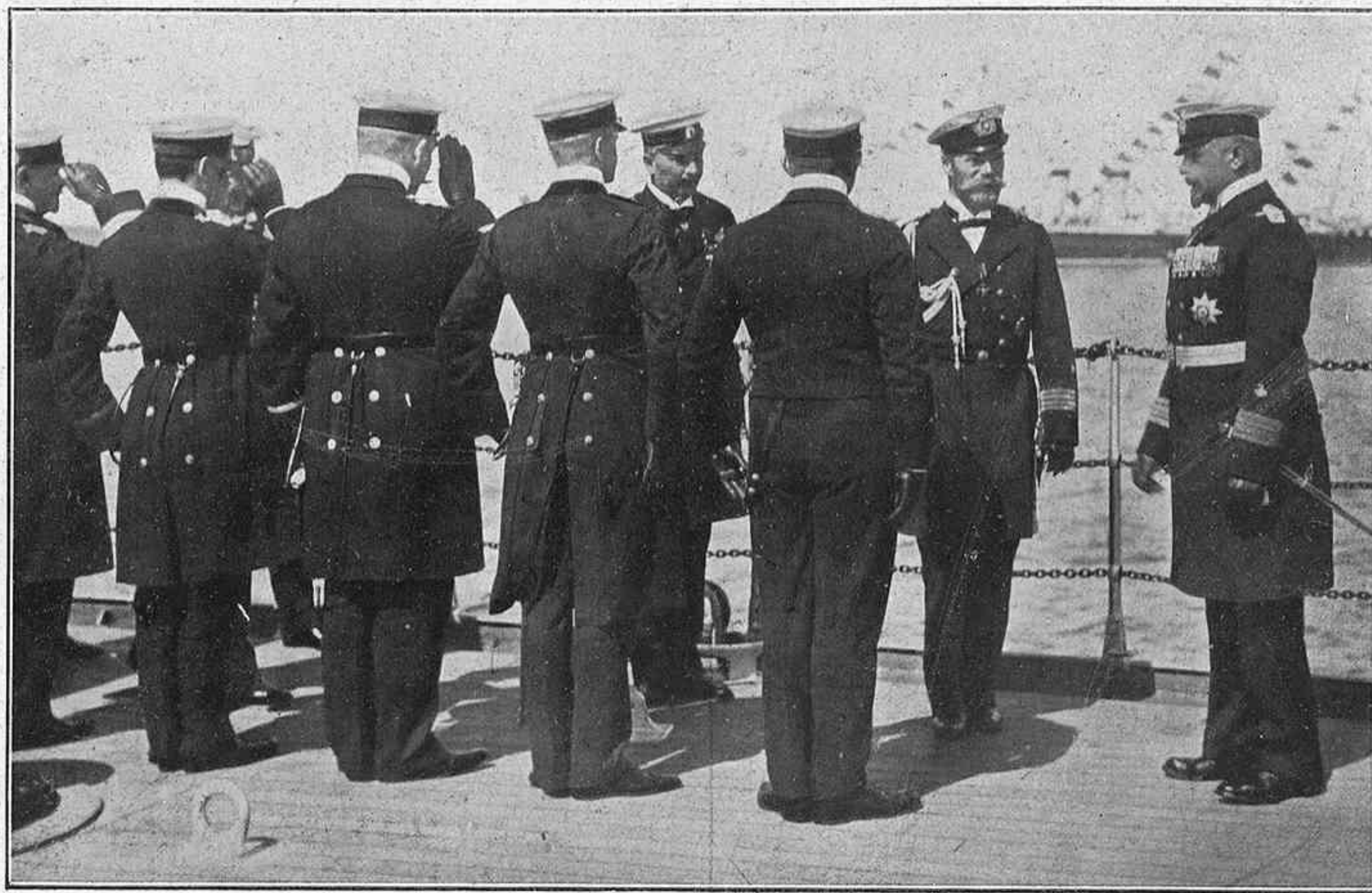
A la mañana siguiente hubo almuerzo de gala en el *Hohenzollern*, y á poco más de las tres la escuadra alemana abandonó las aguas de Bjoerkoe.

Como todos los actos análogos, la entrevista de Nicolás II y de Guillermo II ha dado lugar á muchos comentarios. Algunos han querido ver en ella el propósito de Alemania de apartar á Rusia de la alianza con Francia

de ingeniero, y terminada ésta, fué nombrado inspector de Telégrafos de la provincia de Buenos Aires.

Poco tiempo después emprendió un largo viaje por Europa, visitando varias capitales y residiendo tres años en Londres, en donde obtuvo la distinción de ser nombrado miembro correspondiente del Ins-

La muerte de Emilio Mitre ha sido sentidísima en toda la Argentina, y la prensa, unánime, dedica los más entusiastas elogios á su memoria. Su entierro ha constituido una grandiosa manifestación de duelo, á la que se ha asociado la nación entera.



Entrevista del emperador Guillermo II de Alemania y del tsar Nicolás II de Rusia en Bjoerkoe.—Los dos soberanos á bordo del yate imperial alemán «Hohenzollern» (De fotografía de Carlos Trampus.)

## MADRID

HOMENAJE Á LA MEMORIA

DE CHUECA

Con motivo de cumplirse el día 20 de este mes el primer aniversario de la muerte de Federico Chueca, hanse efectuado en Madrid dos actos solemnes para honrar la memoria del popular compositor.

Fué el primero el descubrimiento de una lápida colocada en la casa número 104 de la calle de Alcalá, en que murió el inspirado maestro, y á él asistieron el Ayuntamiento, el gobernador civil, representaciones de sociedades artísticas y literarias y un público numerosísimo. Durante la ceremonia la banda municipal ejecutó dos composiciones de Chueca y la marcha fúnebre de la ópera de Wagner *El crepúsculo*

de los dioses. El alcalde Sr. conde de Peñalver y el gobernador Sr. marqués del Vadillo pronunciaron sentidos discursos.

El segundo efectuóse en el cementerio de San Justo, y consistió en la inauguración del mausoleo erigido á la memoria de Chueca. Despojado éste del paño que lo cubría, el escritor Sr. Acero leyó una sentida composición, titulada *Chueca*, y López Silva unos versos dedicados al maestro y titulados *La musa del pueblo*; ambos trabajos, lo mismo que los discursos de los Sres. Francos Rodríguez, alcalde y gobernador civil, fueron muy aplaudidos por la numerosa concurrencia que asistió á la ceremonia.

El mausoleo es obra del distinguido escultor don Pedro Estany. Dominando la cabecera del túmulo de piedra, álzase el busto de Chueca esculpido en mármol de Carrara; la inscripción contiene sólo el nombre del compositor y las fechas de su nacimiento y de su muerte: 1848 y 1908. A un extremo de la losa sepulcral hay un chispero, simbolizando al pueblo matritense, en actitud dolorida y cubriendo los restos de Chueca con una bandera desplegada. El

tituto de Ingenieros civiles de Inglaterra. De regreso en Buenos Aires, dedicóse al ejercicio de su profesión, al mismo tiempo que fué, en varias épocas, director y administrador de *La Nación*, uno de los más importantes diarios bonaerenses.

En 1880 tuvo participación activa en los graves sucesos políticos que en aquel año se desarrollaron; en 1888 desempeñó el cargo de director del ferrocarril del Oeste; en 1890 intervino en los sucesos que determinaron la caída del presidente Juárez, y posteriormente fué senador provincial de Buenos Aires y dos veces diputado. Su acción parlamentaria, como orador y como miembro de la comisión de obras públicas, puso de manifiesto las excepcionales dotes que poseía para descollar como hombre público de primera fila. Dos veces le fué ofrecida una cartera ministerial, que no aceptó por no abandonar la dirección del mencionado periódico, pensando que desde las columnas del mismo podría servir mejor que desde el ministerio ó los intereses públicos.

El nombre de Emilio Mitre irá siempre unido á los de dos obras de tanta magnitud como el puerto



El ilustre hombre público argentino Emilio Mitre, fallecido en Buenos Aires en 26 de mayo último. (De fotografía.)

y de la inteligencia con Inglaterra, aproximándola, en cambio, al Austria; pero esta suposición la niegan naturalmente los periódicos oficiosos alemanes y la rechazan los rusos, quienes afirman que se trata únicamente de un cambio amistoso de impresiones, y que si bien Rusia concede gran importancia á sus tradicionales relaciones con Alemania, estas relaciones son perfectamente compatibles con las obligaciones de la nación rusa para con la francesa, su aliada, y en nada afectan al acuerdo recientemente pactado con la inglesa.

## EMILIO MITRE

Este eminente hombre público argentino, hijo del gran ciudadano Bartolomé Mitre, nació en Buenos Aires en 8 de diciembre de 1854, cursó la carrera

de la capital y el canal, hoy en construcción, que ha de poner en comunicación ese puerto con el río Paraná.

resto del sarcófago es de piedra de Alicante, cincelada con flores y guirnalda que rodean un pentagrama.—T.



Madrid — Inauguración del monumento erigido en el cementerio de San Justo á la memoria del popular compositor Federico Chueca. (De fotografía de Asenjo.)



Reus.—Exposición de Arte en el Centro de Lectura. Vista de una parte de la exposición. (De fotografía de E. Borrás.)

Organizada por la Sección de Arte del «Centro de Lectura» de la importante ciudad de Reus, celébrase actualmente en los salones de aquella entidad una importante Exposición artística. Figuran en ella notables obras de artistas tan reputados como los pintores Rusiñol, Casas, Mir, Riquer, Cardunets, Masiera, Freixes Sauri, Gili Roig, Lorenzale, Buil, Nonell, Romeu, Tersol, Torrecassana, Trias Vallhonrat, etc., y los escultores hermanos Oslé, Campeny, Atché, Montserrat, Bassas, Sabadell, Llobet y otros. Estos nombres por sí solos bastan para demostrar que se trata de una manifestación espléndida del arte catalán contemporáneo, á la que ha contribuido poderosamente la cooperación del «Círculo Artístico» de Barcelona, que ha prestado todo su apoyo á la sociedad reusense

organizadora del certamen. La exposición se inauguró solemnemente el día 10 de los corrientes, con asistencia de una comisión del Ayuntamiento de Reus; de una representación del Círculo Artístico, formada por los Sres. Fuster, Cardunets, Freixes Sauri, Galofre Oller y García Escarré; del presidente y numerosos individuos de la Junta Directiva del Centro de Lectura, y de otras distinguidas personalidades.

Pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Segimón y Navá, presidente y secretario del Centro respectivamente; Pallejá, en nombre del Ayuntamiento reusense; Fuster, por el Círculo Artístico, y Galofre Oller, en representación de los expositores, encomiando todos ellos la labor realizada por el «Centro de Lectura.»

**ROB**  
BOYVEAU - LAFFECTEUR

\*  
Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

**Historia general del Arte**  
Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Géptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**VINO AROUD**

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
**Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**  
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

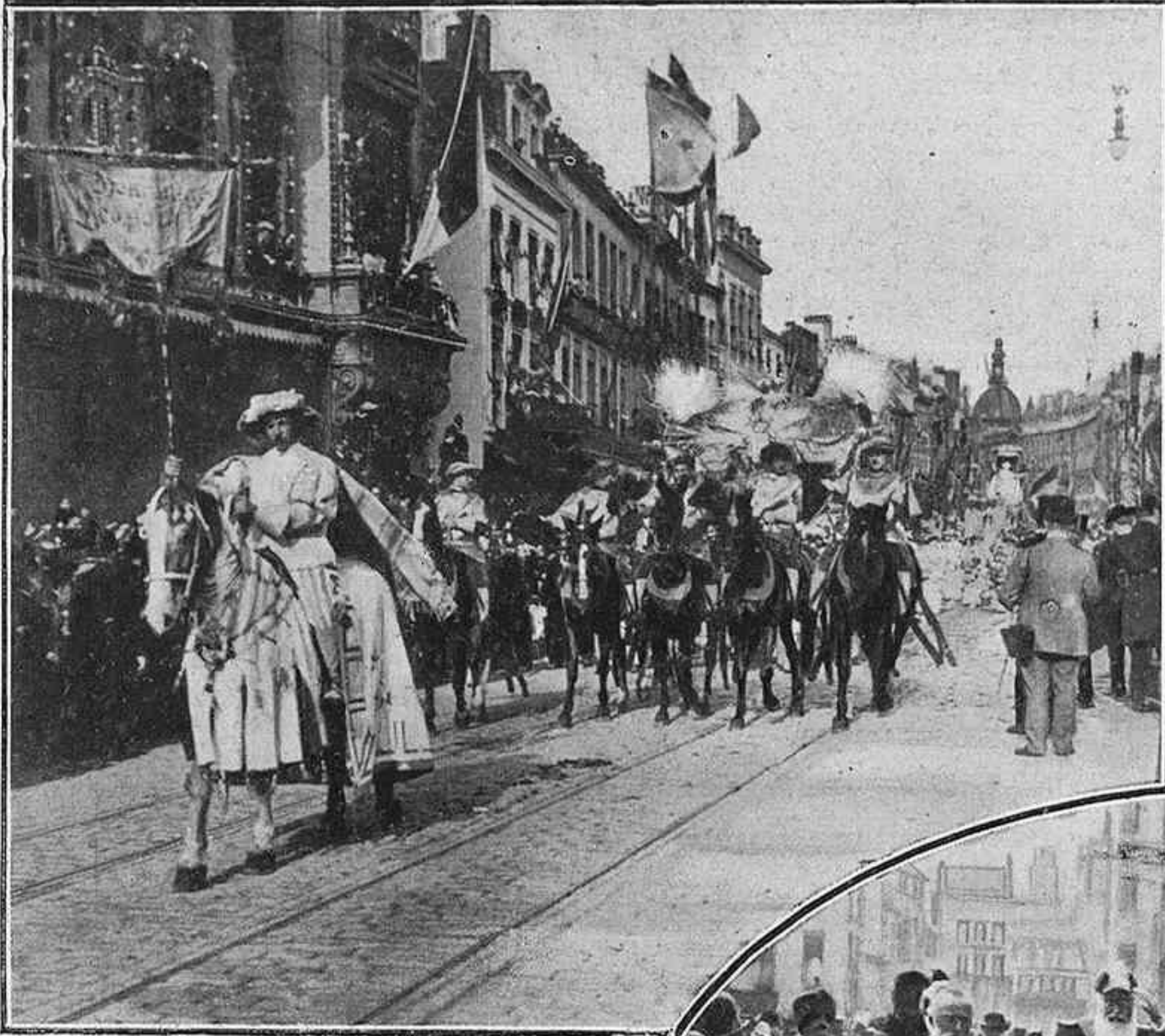
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, Paris, que envia gratis su curioso librito.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
JARABE SIN NARCÓTICO  
FACILITA la SALIDA de los DIENTES  
y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub<sup>9</sup> Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

AMBERES.—GRANDES FIESTAS EN CELEBRACIÓN DE LA ANEXIÓN DEL CONGO Á BÉLGICA



Heraldo que abría la marcha del cortejo



Las asociaciones con estandartes en el cortejo



Llegada de S. M. el rey Leopoldo II y de la princesa Clementina á Amberes para asistir á las fiestas. (De fotografías de C. Trampus.)

A raíz de la anexión del Congo á Bélgica, varias ciudades de aquella nación proyectaron grandes manifestaciones en celebración de tan importante acontecimiento y como prueba de gratitud al soberano que tan magnífico presente había hecho á su país, dotándole de una colonia ochenta veces mayor que el territorio belga y que ofrece directamente su inmenso campo de explotación y de civilización á las energías nacionales.

Amberes, la ciudad más interesada en el desenvolvimiento del Congo y en la que el rey Leopoldo II halló los más firmes apoyos para su política colonial, ha sido la que más grandiosamente ha solemnizado aquel suceso, celebrando durante una semana brillantes fiestas organizadas por la Cámara de Comercio y por todos los elementos militares y civiles de la población. Entre ellas ha sobresalido el magnífico cortejo, que ha sido una apoteosis de la conquista pacífica realizada por el monarca en el Continente misterioso, y para presenciar el cual ha ido á Amberes Leopoldo II, acompañado de la princesa Clementina, del presidente del Consejo de Ministros Sr. Schollaert, y de los ministros Sres. Delbecke y Liebert.

El rey fué recibido en la Bolsa por el presidente de la Cámara de Comercio Sr. Corty, y después de cambiados sentidos discursos de salutación se dirigió á la plaza de Meir, en donde asistió al desfile del cortejo histórico, colonial, comercial é industrial, uno de los más hermosos de los efectuados en aquella ciudad, que es famosa especialmente por esta clase de espectáculos. Las carrozas eran de imponderable riqueza, los trajes y accesorios de irreprochable propiedad y el conjunto ofrecía el aspecto más pintoresco, al que contribuyeron con sus notas de color los pendones de más de trescientas sociedades y los pabellones de las numerosas líneas de navegación representadas en Amberes.

La ciudad ha permanecido enteramente empavesada durante una semana, y en varios sitios se han dispuesto instalaciones relacionadas con el carácter de las fiestas; así, junto al teatro flamenco se construyó un campamento congolés, en el Jardín Zoológico una aldea africana, y en el teatro de Variedades se organizó una exposición retrospectiva con todo lo que recuerda á los hombres que, de uno ú otro modo, han contribuído al desenvolvimiento del Congo belga.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

**ASMA**

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

**PILULES de BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

Date de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el outis limpio y sano

Casa CANDÈS B. St-Honoré, 16

AVISO Á LAS SENORAS

**EL APIOL DE LOS JORET-HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ANEMIA DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.